

La Ilustración Artística



AÑO XXXII

← BARCELONA 17 DE NOVIEMBRE DE 1913 →

Núm. 1.664



TIZIANELLA

cuadro de Juana Romani

SUMARIO

Texto. - De Barcelona. *Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. - *El enamorado constante*, cuento de Amichatis. - París. *Las bodas de plata del Instituto Pasteur*. - *El Instituto Curie*. - *El Dr. Carlos Richet*. - Marruecos. *Notas de actualidad*. Madrid. *El aniversario de la muerte del Sr. Canalejas*. - *Monumento a Bismarck*. - Barcelona. *El Congreso de Geografía*. - *Gil de Claircoeur* (novela). - París. *Un concierto de Saint-Saens*. - Dr. Marco M. Avellaneda, por R. Monner Sans. - *El rey Luis III de Baviera*. - *Monumento a Andrés Theuriel*. - *Los nuevos soberanos de Brúnswick*. - *Libros*. - *La catástrofe ferroviaria de Melún*.

Grabados. - *Tizianella*, cuadro de Juana Romani. - Dibujo de Mas y Fondevila, que ilustra *El enamorado constante*. - Fotografías que ilustran el artículo *Las bodas de plata del Instituto Pasteur*. - *La señora viuda de Curie*. - París. *El Instituto del Radio*. - Dr. Carlos Richet. - *Notas de Marruecos*. - *El viático*, cuadro de Angel Morbelli. - *Ovación a un picador*, cuadro de Enrique A. Zo. - *El jardín del amor*, cuadro de Pedro Pablo Rubens. - *Notas de Madrid, Barcelona, Nürenberg, París, Buenos Aires, Baviera, Brúnswick y Melún*. - *Monumento a Andrés Theuriel*, obra de Carlos Perrón.

DE BARCELONA. - CRÓNICAS FUGACES

El otro domingo se celebraron las elecciones municipales y, aunque se observó algún descenso en el número total de votantes, puede decirse que Barcelona continúa con su preocupación eminentemente política, la cual la pone, en este orden, a la cabeza de España.

¿Hasta qué punto la política tiene eficacia en la vida nacional? En otros términos: ¿la política puede darnos cuanto le pedimos o esperamos de ella? ¿No es acaso exagerada la esfera de influencia que le concedemos y por ventura la vida del país no se desenvuelve en diversos aspectos con más independencia del factor político de lo que se piensa a menudo? Suelo formularme estas preguntas cada vez que presencio en Barcelona alguna de estas manifestaciones del loable ardor con que aquí se desarrolla, de doce años a esta parte, la lucha política.

No se me ocultan dos cosas: primero, nuestra filiación latina; y, segundo, el período constituyente en que vive España y del cual Cataluña presenta también su propio problema constituyente. Por nuestro origen latino participamos de ese prejuicio o manera de ser que concede a lo oficial inmensa preeminencia sobre lo privado. El Estado es más fuerte que la Sociedad y casi lo es todo en España. Nuestro tejido social, nuestra vida no política, exceptuando hasta cierto punto la región catalana y la del Norte, son débiles, inconsistentes, casi nulas. Así es que la suerte del Estado repercute sobre ella con acciones y reacciones más vivas que en esos otros países del tipo individualista en los cuales la sociedad privada lo es todo o es, cuando menos, lo principal, y la iniciativa particular y libre se bastan a sí propias y aun curan y restañan los males y heridas de una administración deplorable.

* *

En alguno de esos pueblos se tolera a los políticos de oficio como una especie de mal necesario, pues entienden que más costaría abandonar los negocios y las industrias, no enriquecerse, y dedicar al trabajo y la vida económica una atención débil para ejercer escrupulosamente las funciones cívicas, que dejarse suplantar por una oligarquía de parásitos y advenedizos. «Quedaos con el botín - parecen decirlos - mientras nosotros creamos riquezas y nos hacemos millonarios.» Pero esto sólo puede resistirlo una complejión económica muy fuerte y aun así ofrece serios peligros para la misma economía en las reacciones menos pensadas.

En países como el nuestro, de producción escasa, incipiente, o nula en algún orden, el margen de resistencia es limitadísimo y no tarda en sentirse sobre lo privado la representación benéfica o maligna de lo público y oficial. La tela es escasa y hay que cortarla y coserla con gran cuidado para que alcance, y aun así deben ponerse los cinco sentidos en recoger y aprovechar los retazos. No es esto tan aplicable a Cataluña como a lo demás de España, puesto que Cataluña, en el aspecto económico, viene a ser una especie de Jauja al lado de otras muchas porciones y comarcas de la Península; pero si aquí la sociedad privada es algo más fuerte y puede resistir ciertos *gaspillages* a costa del tejido adiposo, en cambio la preocupación constituyente resulta más viva y casi es lícito afirmar que no hay ciudad en Europa con más ardor y tan de pleno entregada a la lucha.

* *

Buena prueba de ello fué la manifestación del día 24 del pasado y la Asamblea de Mancomunidad,

convocada por los cuatro presidentes de las cuatro Diputaciones provinciales de Cataluña, con objeto de ratificar en la forma más solemne, la unanimidad de todas las fuerzas y partidos, así gubernamentales como de oposición, respecto al problema de referencia.

Hagamos un poco de historia. Desde los mismos días del desastre ultramarino, Cataluña viene clamando por la modificación de la política general española y por la de los organismos locales, cifrada en un doble objetivo. De una parte exigía, como las demás regiones, la renovación del Estado central en sentido de darle eficacia, de extirpar rutinas, de incorporarlo a la corriente de la vida moderna. De otra parte buscaba satisfacción a sus anhelos de autonomía considerándola el cauce más adecuado al completo aprovechamiento y «valorización» de la vitalidad nacional.

Por un momento, el clamor de Cataluña se confundió con el resto de España. Las demandas de regeneración eran universales e imperiosas y aun las de autonomía o descentralización, más o menos templadas, más o menos radicales, constituyeron un tópico y un corolario de las primeras. Desde arriba hubo de pensarse en darles satisfacción; y vinieron las ofertas del programa de Polavieja y las tentativas del Ministerio Silvela con la entrada de Durán y Bas. El ensayo no cuajó. El resto de España fué cediendo y retirando sus conminaciones para la regeneración a plazo fijo. Dejó prescribir y volvió al sueño de costumbre. La insistencia no acompañó al ímpetu, y Costa hubo de pasar a la historia representando literalmente el papel de un furibundo profeta que, desde la cumbre del Moncayo, predicó en desierto o, lo que es lo mismo, a 18.000.000 de españoles vueltos de espaldas.

* *

Sin embargo, Cataluña - y aquí radica una de las causas de su aparente antagonismo con el resto del país - no renunció tan pronto a sus pretensiones. Más perseverante que las otras comarcas, aunque no tanto como una regeneración completa - la de Alemania, por ejemplo -, exigía y ha exigido siempre; naciendo sus aspiraciones de raíces más hondas que una pasajera excitación popular y obedeciendo a un secreto trabajo de la historia, persistió en la demanda que los demás españoles habían dejado prescribir. Y Cataluña obró entonces contra corriente, se encontró en pugna con las demás provincias y ocurrieron choques, violencias y chispazos que vale más no recordar.

Pero una vez aplacado el primer ímpetu de la famosa Solidaridad, la avenencia no pareció ya imposible, y de afrontar los términos de ella, de abrir el camino y desbrozar la maleza se encargó el Sr. Maura. El ilustre hombre público contaba en su haber, a los ojos de toda España, con el enorme ascendiente de su acrisolado patriotismo, a cubierto de toda sospecha de claudicación; y, a los ojos de los catalanes, con el precedente de sus reformas de Cuba y Filipinas, con sus opiniones terminantes acerca del régimen local, con su descuaje del caciquismo y su «revolución desde arriba».

En suma: se llegó al proyecto de Administración local y, dentro de ese proyecto, a la fórmula de la Mancomunidad. El tesón, la perseverancia que su autor puso en sacarlo adelante no hay necesidad de recordarlos. Después de haberlo combatido con saña sin igual casi todos los políticos y de haber sido imposible su aprobación, Canalejas aceptó la idea de la Mancomunidad e hizo de ella cuestión de gobierno. Después del alevoso asesinato del insigne orador, el conde de Romanones recogió esta herencia y prometió sacarla a flote en las Cámaras, de las cuales no ha conseguido salir.

* *

Para exigir el cumplimiento de tal promesa, para impedir que el Parlamento fuera cerrado antes de votar el proyecto de ley se reunió la Asamblea que motiva estas líneas a la cual asistieron todos los senadores, diputados a Cortes y diputados provinciales de Cataluña y que revistió extraordinaria solemnidad, como ya ha podido verse en las mismas páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA por los documentos gráficos que en ellas se han publicado.

La fórmula de que se trata, después de veinte años de luchas y de estridencias, ha acabado por reunir la adhesión de todos los partidos de Cataluña, partidos turnantes, partidos de oposición tradicionalista, partidos de oposición republicana, Diputaciones y Ayuntamientos de toda la región. «Pero cada vez que el proyecto estuvo a punto de ser aprobado

surgieron dificultades verdaderamente incomprensibles que vienen a detenerlo.»

* *

Y esto ha pasado también ahora... Con lo cual llego a la moraleja de esta digresión: la imprudencia de ciertos hombres políticos o la fatalidad de cierto género de política, que juega con los deseos de la nación o de un pueblo determinado, prolonga en él, indefinidamente, el estado de incertidumbre y hace que transcurran años y más años en período constituyente. Jamás se llega a la realización de esas reformas que aseguran un largo período de ensayo y estabilidad y que han de convertir en amor a las substancias lo que ahora es simple fiebre política y de conquista de los medios legales por donde estas substancias discurren.

Barcelona ofreció un espectáculo grandioso con su Asamblea; pero ésta y la manifestación a que dió lugar no tuvieron más eficacia que la de exteriorizar la opinión y hacerla visible. El día siguiente se abrieron las Cortes y ya se sabe lo demás; la crisis fué fulminante y de cambio de política.

A pensar todo eso y a recapacitar todo eso me ha llevado el espectáculo de las elecciones del domingo y esa intensidad de la vida política en Barcelona. Aunque circunstancialmente pueda convenir tal intensidad o la hagan necesaria la defensa de preciados intereses, mejor es que un pueblo viva con normalidad y no concentre ni dirija su vida en este solo objeto ni por esta sola dirección. Considérese el despilfarro de energías que supone una vida política llevada a esta alta tensión: el número de casinos, círculos, sociedades, escuelas de carácter tendencioso (que desvían y falsean deplorablemente la enseñanza); el número, los millares de hombres que se dedican a esa actividad y consumen en ella su afición y pasan la vida en esos casinos, sin aprovecharla para el trabajo o la producción substancial; el número de horas - verdaderas calorías humanas - que se desperdician en ese trabajo puramente adjetivo...

* *

Y si se cuenta todo ello: hombres, lugares, horas, esfuerzos y brazos entretendidos en esa labor, se obtendrá una suma asombrosa de la cual podría surgir, a la vuelta de cinco años, cosas imperecederas. Lo que Cataluña ha prodigado de talento, de trabajo, de paciencia, de tiempo en los últimos quince años bastaría para abrir un canal como el de Suez o para levantar una gran Pirámide. Ahora bien: ¿corresponde el resultado al esfuerzo, aun descontando aquella parte de la labor política que ya es nociva por sí misma y en su objeto que, no sólo supone despilfarro de fuerzas inútiles sino destrucción del patrimonio social?

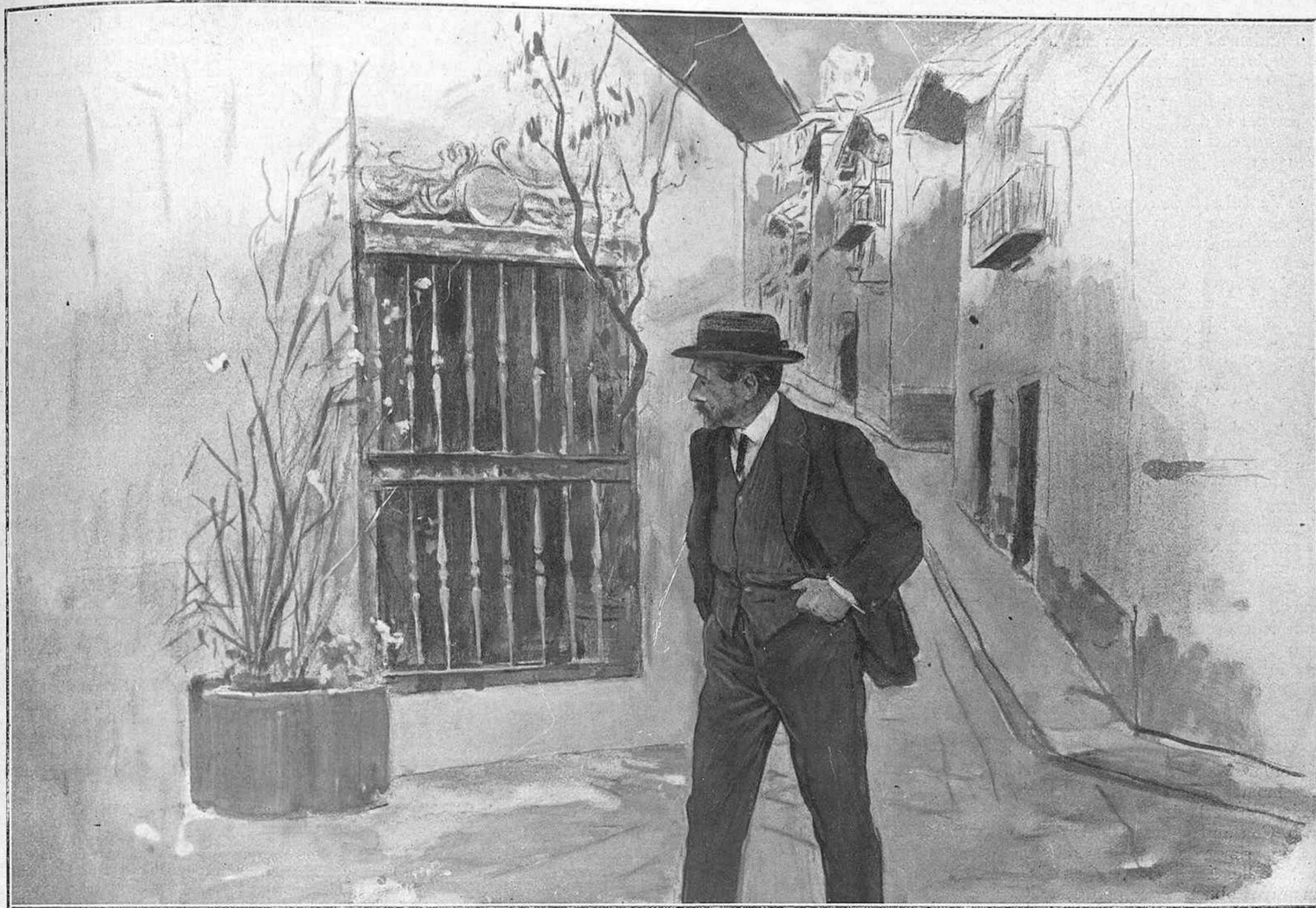
Creo que hay que decir que no. Lejos de mi ánimo predicar el indiferentismo. Lejos también de mi ánimo tratar temas de política de partido en estas páginas, exentas de toda filiación. Pero este asunto del exceso de política, del *surmenage* político de Barcelona y aun de toda Cataluña constituye un tema que cae más allá de la política y que es, por sus efectos, plenamente social y de interés patriótico. Un caudal enorme de energía se pierde ahora por ese escape: un caudal que no deja rastro y apenas fecunda, cuando no devasta. La política no es un fin; ni deben dedicarse a ella los hombres y sobre todo los pueblos como se dedican otros a ser pelotaris o nadadores.

La política es un medio, sólo un medio para fines más altos y substantivos y el verdadero ideal consistirá siempre en ir reduciéndola poco a poco, en ir cercenando su campo de acción, en ir resolviendo las cuestiones constituyentes y en librarse de los desasosiegos de la interinidad y la aspiración no conseguida. Así como el hombre, mientras dura sobre su alma y sus sentidos la obsesión de la mujer no es dueño de sí, y hay que casarle para que se aplome y pueda rendir el máximo de su fuerza, así también los pueblos. Hasta que la normalidad calma el ardor constituyente no viene la obra verdadera, el máximo de la obra para que potencialmente están dotados.

MIGUEL S. OLIVER.

La Sal Natural de Sprudel
de **Carlsbad**
es la única legítima Sal de

EL ENAMORADO CONSTANTE, CUENTO DE AMICHATIS, dibujo de Mas y Fondevila



Al fin la ventana se abrió y en el aire flotó triunfadora la voz de un niño

Junto a la biblioteca del Ateneo estaba el saloncillo de fumar. En aquel ateneo de París, cerca de la plaza de la Bastilla, juntábanse para charlotear rememorando las cosas de su tierra los más importantes literatos y periodistas españoles residentes en la ciudad luz. En el agradable conversar salían los recuerdos de juventud con la aureola dorada que tienen las cosas viejas. Todo tiempo pasado fué mejor, y así, cumpliendo el adagio, las narraciones de los contertulios tenían un sabor simpáticamente romántico y sentimental como cosa de novela.

Entre los habituales a la «peña» estaba Luis de Gracián. Luis de Gracián, un joven castellano de cara severa como un retrato pintado por el Greco, nunca dejó adivinar su pasado. Siempre sentado en un butacón y manteniendo en los labios un pitillo, escuchaba las ajenas andanzas rehuyendo, tenazmente, levantar el velo que cubría su vida anterior. Entre los amigos le llamaban «el enigmático». Sólo sabían de él que era de noble familia, que tenía dehesas en tierras andaluzas, que era abogado y que permanecía en París para estudiar las ocultas literaturas de la antigua Asia. Claro que los contertulios, al través del continuado silencio, pretendían descubrir huellas de alguna pasión dolorosa.

Los amigos trataban, inútilmente, de escarabajar en el ánimo del misántropo Luis el secreto que era causa del prolongado mutismo. Cierta noche, antes de que «el enigmático» hiciera su entrada en el saloncillo, así hablaban los allí reunidos:

— ¿Qué será Luis? ¿Qué dolor nos oculta su actitud reservada?..

— ¡Tiene cara de aburrido!..

— Yo creo que de enamorado.

— Enamorado o aburrido... ¿Qué más da?

— Si no fuera por su porte noble, por esa bondad que emana de su rostro, creería se trata de uno de tantos aventureros que se esconden tras el disfraz de una levita...

Y de tal suerte hablaban todos cuando Luis, levantando el regio cortinón de damasco, apareció entre los amigos.

— Cuando se habla del rey de Roma..., asoma, dijo uno de ellos saludando al recién llegado.

Luis, sonriendo con aquella su sonrisa eterna, benévola y triste, objetó:

— Ya sé que hablabais de mí... Cada día, antes de mi llegada, hacéis lo mismo...

— Cree que..., interrumpió el que saludaba.

— Sí., sí..., volvió a decir Luis; quieres disculparte para hacerme creer que no hablabais en tono de censurar... Lo comprendo... Sé que, si pronunciáis mi nombre, no es para ofenderme... Pero en mí veis un misterio, una novela, y os atrae la curiosidad de leer mi vida que, según vuestras cábalas, debe tener un capítulo interesante.

— Acertaste..., acertaste..., interrumpieron los amigos.

— Claro que acerté, prosiguió Gracián; todos, en estas largas veladas, habéis confiado las aventuras íntimas, esas aventuras de las que el corazón siempre sale con un zarpazo de mujer... Cada uno de vosotros rezó el nombre de la que figuró como diosa en el capítulo sentimental de su vida... Cada noche tocaba el turno a un contertulio, era natural que el mío llegase; concentrabais en mí las miradas queriendo escudriñar lo ignorado y no preguntabais por temor a pecar de indiscretos... ¿No es eso?.. Me veáis más serio, con alguna hebra de plata en las sienes, contemplabais estos ojos míos tan llenos de añoranzas y deseabais saborear el capítulo de mi vida amorosa para corresponder al vuestro...

— ¡Comprende que nuestra curiosidad!.., dijo uno de los reunidos. ¡Como nosotros te confiamos todo!

— Comprendido..., comprendido, prosiguió Luis, y para satisfacer esa curiosidad y corresponder así a vuestras confidencias, hoy seré yo el que ocupe la cátedra de maestro en aventuras de amor.

A tales frases siguió un murmullo de aprobación en el auditorio. Acercáronse todos en torno de Luis. Encendieron muchos un cigarrillo, tosieron otros como aprovechando el momento de silencio para no interrumpir una vez empezada la narración y, pronto, todas las miradas convergieron en «el enigmático» que, pasando la mano diestra por la frente, parecía hacer esfuerzos para reunir en ella todos los recuerdos.

— Si yo no hablé hasta hoy, empezó diciendo

Gracián, no fué por desprecio a vuestras narraciones... Yo tenía vergüenza de contaros la única aventura en la que yo fui actor... En vuestras aventuras siempre fuisteis héroes victoriosos; de todas ellas salisteis con galas de triunfo, como el Don Juan de Molière; mi aventura, que podría titularse «la historia del enamorado constante», es ridícula y por eso callé... Yo no hice, como vosotros, llorar a ninguna dama; ¡fui yo el que contuvo una lágrima y saboreó la amargura de un desengaño!.. Y allá va mi novela. La acción de mi sucedido es en Toledo. Allí nací, en un viejo caserón con hornacina en el hastial donde siempre lucía una candileja... Allá pasé mis años de adolescencia y allí hubiera pasado mi vida si el afán de mi padre en hacerme un gran hombre no me hubiera lanzado a correr mundo en busca de ciencia...

»Comprenderéis, amigos míos, prosiguió Luis tras breve pausa, que en Toledo me retenía ella... Ella es la heroína, la dueña, la diosa de todas las narraciones que evocan una época de nuestra juventud... Al terminar mi carrera la vi por última vez. Pensaba determinar nuestro enlace, pero un disguidillo de enamorados nos separó, vine yo a París a proseguir mis estudios y no supe más. Mi amor propio me impedía escribirla. Ella hacía lo mismo. A nadie preguntaba por ella y seguía en el culto de su amor, que era mi salvaguardia en los peligros de la gran ciudad... Hace poco, este verano, fui a Toledo; terminaba de graduarme en la Sorbona y pretendía reanudar aquellos amores que vivían en mí con la pureza de una adoración. A la antigua ciudad llegué con ansias de vivir el rincón venerado, ese rincón apacible que se encuentra en todos los eucologios de amor. En las horas de lucha ciudadana, lejos de mi hogar, en los momentos de ambular intranquilo, de pensares inquietos, quedaba siempre en mí, grabado con los caracteres de lo imborrable, la calle quieta guardadora del lugar riente. A mi llegada, Toledo ardía en fiestas y alegría. Aturdióme los sentidos, emborrachándolos, la baránda de gentes y borró de ellos las huellas nostálgicas. Al saludar a los compañeros de correrías infantiles encontraba un grato placer. En nuestra charla, evocadora de tiem-

pos de cándidos sucedidos, pasaban fugaces sombras femeninas. ¡Es tan corto el poder de los amores tempraneros en que un regaño del padre mata una pasión! Mis camaradas reían al recordar las inocentes andanzas y relataban sus aventuras fáciles, carnales, de sus rápidos viajes a la corte... Queriendo, como vosotros, indagar, preguntáronme: «Tú el que volaste lejos, olvidaste la paz del lugar regocijando tu espíritu en los paganos paisajes de Versailles, debes tener devaneos agradables que nos asombrarán a los que no salimos del viejo solar.» Temí el ridículo y callé. ¡Es amargo el deshacer una leyenda de Don Juan forjada en torno nuestro! No me atreví a decirles que viví siempre con ansias de saborear el sagrado recuerdo oculto en aquel rincón; que mi alma, en su caminar por el mundo, cruzó caminos y visitó ciudades, habló con hombres y cantó a mujeres, lloró miserias y rió alegrías, pero todo veloz, fugaz, como cosa que no interesa. No quise confesar que mi espíritu consideró todos los exóticos ambientes como un purgatorio aquilatador de mis virtudes para hacerme digno de revivir el recuerdo. ¡Siempre se mantuvo en mí el entrevisto refugio, aquel refugio adorable de la calle quieta, de la casa con ancho zaguán y reja sombría que mostraba su negrura adornada con el verdor de tupida enredadera!..

»Como nadie me hablaba de ella, a nadie pregunté. En momento de paz, cesado el bullicio, pasada la excitación de la fiesta, logré un espacio de aislamiento. Con andar inseguro, de colegial que se dirige a un primer devaneo, encaminé mis pasos a la estrecha calle. Era al caer de la tarde. El sol enviaba sus rayos oblicuos que ponían reflejos de oro en los cristales de las altas ventanas. Ni un solo ruido, ni una nota estridente. Reinaba un silencio de iglesia. En la quietud de la calle guijarrosa sonaron, acompasadas, las fuertes pisadas de un sacerdote; al pasar inclinó su cabeza en saludo amable. Cayeron en el ambiente, llenándolo de sonoridad, las campanadas del Angelus. Lejana se oyó una voz cantando una copla. Yo me acerqué a la casa evocadora que guardaba mi tesoro.

»En pasados tiempos, cuando en petición de coloquio me acercaba a la reja, fluía de ella, con sonoridad alegre, una voz reidora y argentina que correspondía a mis sueños y me enloquecía con esperanzas... Todo el lapso de la ausencia pareció borrar. Llegué a creer no haber movido mis pasos de aquel sitio; tentado estuve de llamar por su nombre a mi tesoro... Pasó un rato... Al fin la ventana se abrió y en el aire flotó triunfadora la voz de un niño que llama a su madre y de la madre que besa y charlotea con su retoño...

»¡Como castillo de naipes vino al suelo la montaña de mis ilusiones! ¡Mi tesoro no tenía hermanitos! No quise indagar. Ocultando nombres y achacando la aventura a tímido amigo, narré el cuento a mis camaradas. Trataron al desconocido de impetuoso,

de poco indagador; «quizá la adorada, decían, huyó guardadora de amor para el que corría por el mundo y fué otra risa la que brotó de la reja...» ¡Indagar! ¡Buscar!.. Conocía su risa y lo adiviné todo. No quería confirmar la desgracia. Sentí el dolor de ha-



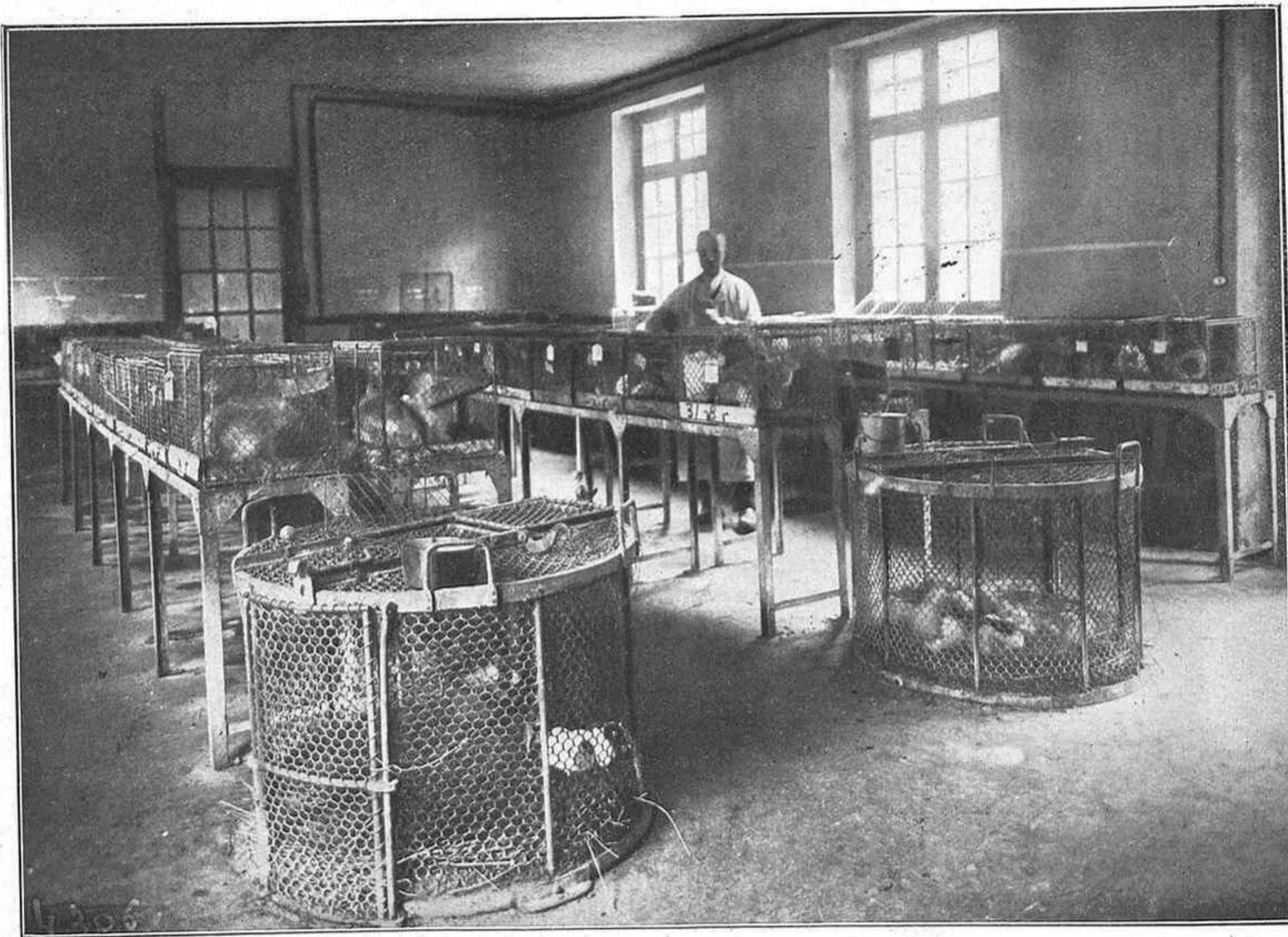
El Instituto Pasteur de París. - Inmunización de un carnero. (De fotografía de M. Rol.)

berme asomado a la ventana de los recuerdos. Fué castigado con la desilusión. Es preferible la duda para ser feliz. En la duda hay siempre la esperanza de la dicha, nunca la certidumbre de la pena.

»Tal es mi aventura, terminó Luis, por eso callo y quedo en estos éxtasis de fakir que aprendí en las literaturas orientales. Callando sueño y creo en aquella reja que me espera como un premio a mis trabajos, igual que los enigmáticos sacerdotes indios sueñan en bienandanzas eternas durante sus horas de sopor.»

**

Calló Luis y todos quedaron silenciosos. La historia del «enamorado constante» revivió en los oyen-



El Instituto Pasteur de París. - Interior del hospital. Animales sometidos a observación (De fotografía de M. Rol.)

tes. Todos quedaron ensimismados, a lo fakir, pensando en ese rincón quieto, en esa reja de paz a la que pedimos esperanza en nuestros días de ilusión y que contemplamos con melancolía cuando el tiempo pone plata en los cabellos y frío en el corazón.

PARÍS.-LAS BODAS DE PLATA DEL INSTITUTO PASTEUR

El día 18 de este mes se festejará en París con grandes solemnidades el 25.º aniversario de la fundación del Instituto Pasteur, de esa obra por tantos títulos gloriosa y que tan inmensos beneficios ha reportado a la humanidad.

Los estudios del sabio ilustre sobre la rabia habían producido enorme admiración en todo el mundo y aparecían como el comienzo de una renovación de la medicina. En vista de ellos, los sabios creyeron que convenía coordinar aquellas investigaciones y proporcionar a Pasteur y a sus discípulos los laboratorios necesarios para sus trabajos, y por iniciativa de la Academia de Ciencias de París abrióse una subscripción pública que produjo dos millones y medio de francos, con los cuales pudo construirse el Instituto.

Pero muy pronto el edificio inaugurado en 1888 resultó insuficiente y el Instituto no contaba con recursos para ensancharse. Entonces el diario parisense *Le Figaro* abrió una nueva subscripción pública que dió un millón de francos; al mismo tiempo el Estado hacía cesión al Instituto de una finca en Garche, en donde se instalaron los caballos necesarios para obtener el suero antidiftérico, y varios particulares, entre ellos las señoras de Furtado Heine y Boucicaut y el barón Hirsch le hacían donativos regios que sumaban algunos millones. Gracias a todo ello, pudieron comprarse nuevos terrenos, edificar un hospital de cien camas y construir algunos la-

boratorios de química biológica.

Posteriormente algunos legados, varios de ellos cuantiosísimos, como el del filántropo Osiris que hace seis años le dejó en testamento 20.000.000 de francos, le han permitido ampliar sus antiguos servicios e introducir otros nuevos, todos ellos en beneficio de la ciencia y de la humanidad. Hoy el personal de sus profesores, jefes de laboratorios, preparadores, ayudantes, etcétera, asciende a 500 individuos. Además tiene sucursales en Lila, en Argel, en Saigón y en Brazzaville y ha ayudado a crear instituciones análogas en la América del Sur y en muchas colonias inglesas.

Al morir Pasteur en 1895, sucedióle en la dirección del Instituto su discípulo Duclaux que la desempeñó algunos años. Actualmente es director otro discípulo eminente de Pasteur, el Dr. Roux, y subdirector el ilustre sabio ruso Dr. Metchnikoff.

Es imposible enumerar todos los descubrimientos importantes que, aparte del de la curación de la rabia, en el Instituto Pasteur se han realizado y que constituyen en cierto modo la historia de la medicina francesa de veinticinco años a esta parte. Bastará enumerar los trabajos, coronados todos por el ma-

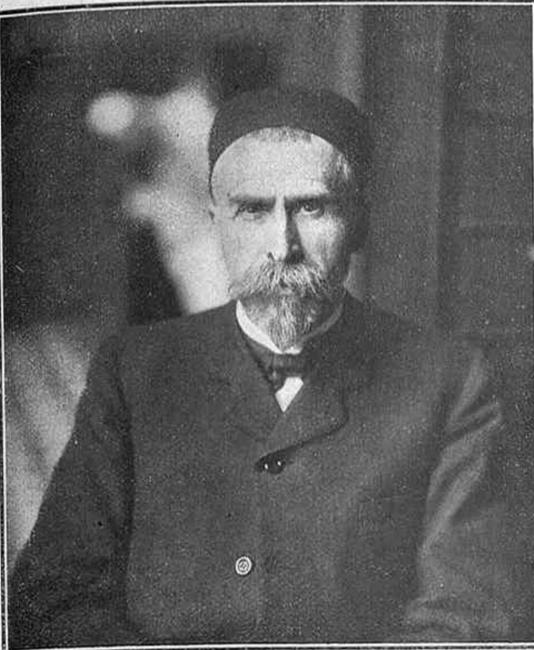
yor éxito, del Dr. Roux sobre la difteria y su tratamiento; los de Chauvemesse y Vincent sobre la fiebre tifoidea; los de Nocard sobre la tuberculosis bovina, y los de Laverán y Martín sobre las enfermedades palúdicas y especialmente sobre la enfermedad del sueño; y recordar que Yersin y Calmette descubrieron el suero antipestoso; que Chamberland, en colaboración con Pasteur, descubrió la vacuna del carbunco y que Metchnikoff es el autor de la fagocitosis.

Los grabados que en esta página y en la siguiente publicamos reproducen, además de los retratos del ilustre Pasteur y de los célebres doctores Roux y Metchnikoff, continuadores de su grandiosa obra, varias de las principales secciones del Instituto que demuestran la importancia de los servicios que en él se prestan y la perfección con que todos ellos están instalados en el magnífico edificio de la calle de Dutot.

Uno de ellos representa al actual guardia jefe del Instituto señor Jupille junto al monumento que perpetúa el acto heroico por él realizado. Siendo pastor en Vilers-Parlay, pueblo del departamento del Jura, sujetó un perro rabioso que perseguía a unos niños y fué horriblemente mordido por el animal. Enviado al Instituto Pasteur, fué inoculado y se curó, quedándose desde entonces al servicio de su ilustre salvador.

El hecho acaeció en octubre de 1885, habiendo sido Jupille la segunda persona a quien Pasteur inoculó el suero antirrábico que desde entonces ha salvado tantos millares de existencias humanas de la más espantosa de las muertes. - C.

LAS BODAS DE PLATA
DEL
INSTITUTO PASTEUR

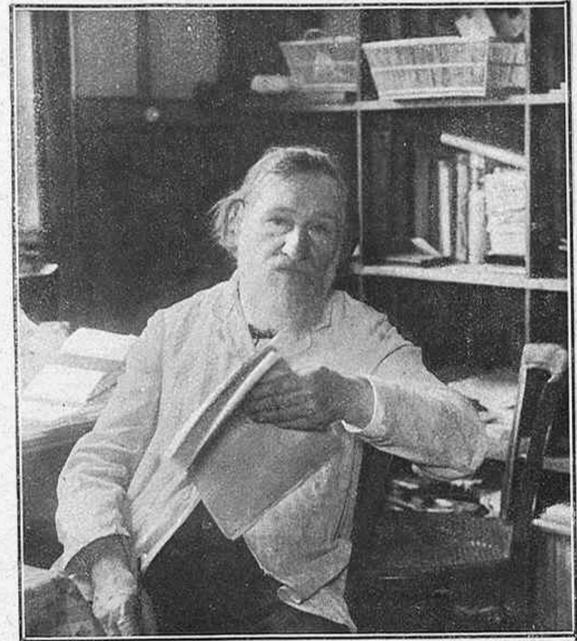


Dr. Roux, actual director del Instituto



Luis Pasteur (1822-1895)

LUIS PASTEUR
Y LOS
CONTINUADORES DE SU OBRA



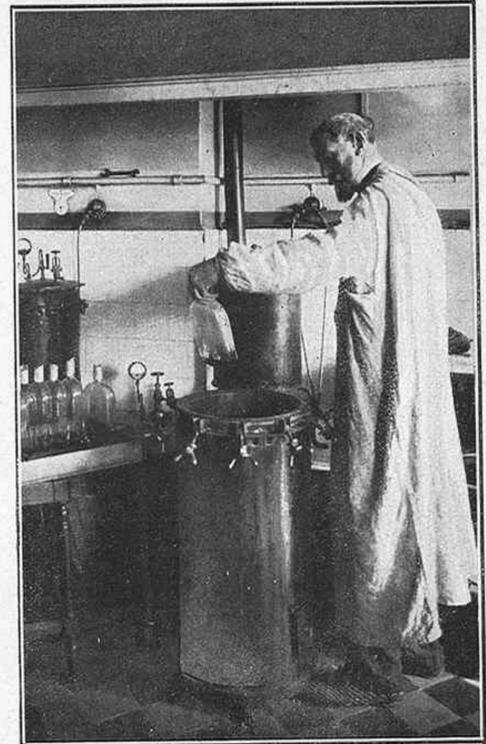
Dr. Metchnikoff, segundo director del Instituto



Dos monos utilizados en los experimentos



Vista del Instituto Pasteur, fundado en 18 de noviembre de 1888



Laboratorio de preparación de caldos de cultivo



Medalla que se entregará al Dr. Roux y de la que se ofrecerá un ejemplar de oro al Presidente de la República



Vista del laboratorio de la sección del Dr. Metchnikoff



El guardia jefe del Instituto junto al monumento que conmemora un hecho heroico por él realizado



La señora viuda de Curie, a quien se ha confiado la dirección del Instituto del Radio, próximo a inaugurarse en París, y que llevará el nombre de Instituto Curie. (De fotografía.)

PARIS. - EL INSTITUTO CURIE

Dentro de poco se inaugurará este Instituto del radio al que se ha dado el nombre de Instituto Curie en memoria del químico eminente que descubrió, en 1898, este cuerpo de propiedades tan maravillosas.

Al frente del Instituto se pondrá la viuda de Pedro Curie, María Sklodowska, que, como es sabido, fué la inteligente colaboradora de su esposo y que desde la muerte de éste, acaecida en 1906 a consecuencia de un terrible accidente, no sólo ha continuado sus estudios y trabajos, sino que, además, los ha ampliado y completado con nuevos e importantísimos descubrimientos que le han valido honores excepcionales de parte de las principales entidades científicas de todo el mundo y el premio Nobel de Química de 1911.

María Sklodowska nació en Varsovia en 1867; hija de un profesor de Química de aquella ciudad, heredó de su padre el amor a la ciencia y estudió en la Sorbona de París, en donde conoció al que después fué su esposo. Ya antes de conocer a éste había realizado notables experimentos sobre la radioactividad de ciertos cuerpos; y unidos los dos, prosiguieron en común sus investigaciones, de las cuales resultó, entre otros, el importantísimo descubrimiento del radio, que les valió el premio Nobel de Química de 1903.

Muerto su esposo, la viuda de Curie, como antes decimos, ha proseguido su obra conquistándose fama universal y adquiriendo tales prestigios, que su nombre se ha impuesto para figurar al frente del Instituto próximo a inaugurarse.

EL DR. CARLOS RICHEL

El premio Nobel de Medicina correspondiente al presente año ha sido adjudicado al Dr. Carlos Richet, profesor de Fisiología de la Facultad de París y miembro de la Academia de Medicina.

Nacido en París el 26 de agosto de 1850, era doctor en Ciencias en 1870 y doctor en Medicina en 1879 y poco después profesor agregado. Sucedió a Beclard como titular de la cátedra de Fisiología en 1887 y durante dos años actuó en los consejos de la Facultad al lado de su padre, profesor de Clínica quirúrgica del Hospital y miembro del Instituto.



París. - El nuevo Instituto del Radio que se denominará Instituto Curie y que se inaugurará próximamente. (De fotografía de Harlingue.)

Desde muy joven mostróse investigador original, dirigiendo, en el laboratorio de Berthelot, experimentos definitivos sobre el ácido clorhídrico libre o combinado con el jugo gástrico. En 1879 publicó una obra importante y llena de originales observaciones sobre la Fisiología de los músculos y de los nervios. Posteriormente descubrió y describió el mecanismo de la regulación térmica y publicó interesantísimas memorias sobre la respiración, el trabajo muscular y sobre la influencia de la alimentación y la voluntad en los cambios nutritivos. A él se debe la noción de que la cantidad de oxígeno

consumida es para los animales de una misma especie rigurosamente proporcional a su superficie tegumentaria y de que el sistema nervioso es el que adapta las combustiones respiratorias de la extensión de esta superficie. Ha publicado, además, un *Diccionario de Fisiología* que es una de las obras más completas de la literatura médica francesa y durante muchos años ha dirigido la *Revue scientifique*.

En colaboración con Hanriot ha introducido en la terapéutica algunos medicamentos como la clora-

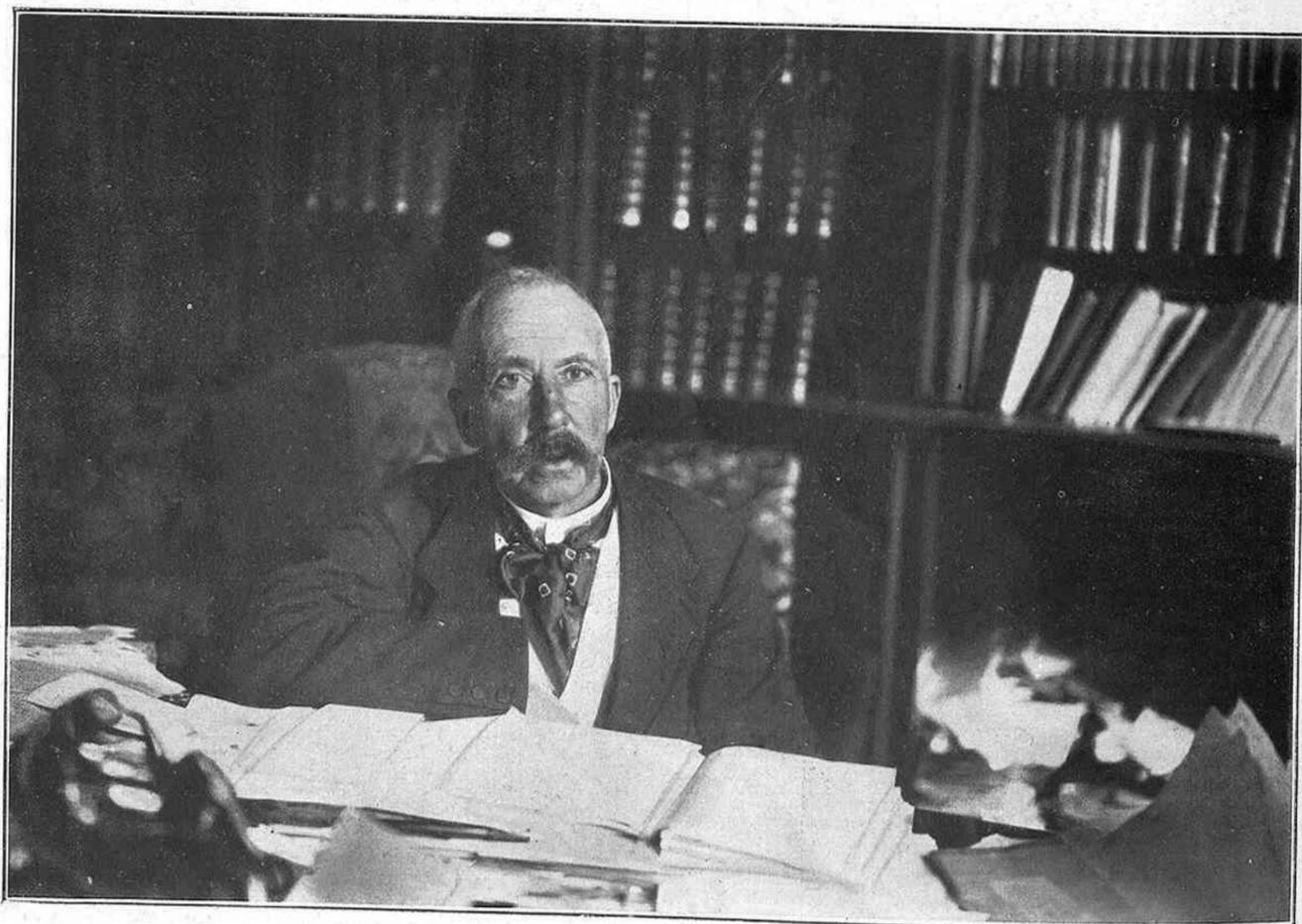
mer lugar el haber demostrado, en 1888, que la sangre de los animales vacunados contra una infección puede, al ser transfundida a otro animal, conferir a éste cierto grado de inmunidad. Este descubrimiento, hecho en colaboración con el Dr. Héricourt, es el fundamento del método sueroterápico que luego ha dado los resultados admirables de todos conocidos. En segundo lugar, a él se debe la anafilaxia, es decir, la sensibilización progresiva del organismo a las substancias tóxicas procedentes de los albuminoides, descubrimiento que ha abierto a la ciencia nuevos horizontes.

Este hombre de laboratorio, en su *Ensayo de Fisiología general* y en sus discusiones con Sully-Prudhomme sobre el *Problema de las causas finales*, revelóse como filósofo de alto vuelo.

Pero no sólo como sabio se nos presenta el doctor Richet en sus obras; en éstas se ve también al literato de amplia concepción y de intachable estilo. Desde hace muchos años pertenece a la *Société des Gens de Lettres*.

En la cátedra, comienza su explicación con voz lenta e insegura, pero a medida que avanza en ella la voz se afirma y encuentra para expresar su pensamiento frases de una precisión y de una fuerza incomparables.

Carlos Richet es, en suma, uno de los sabios más completos y una de las más privilegiadas intelligen-



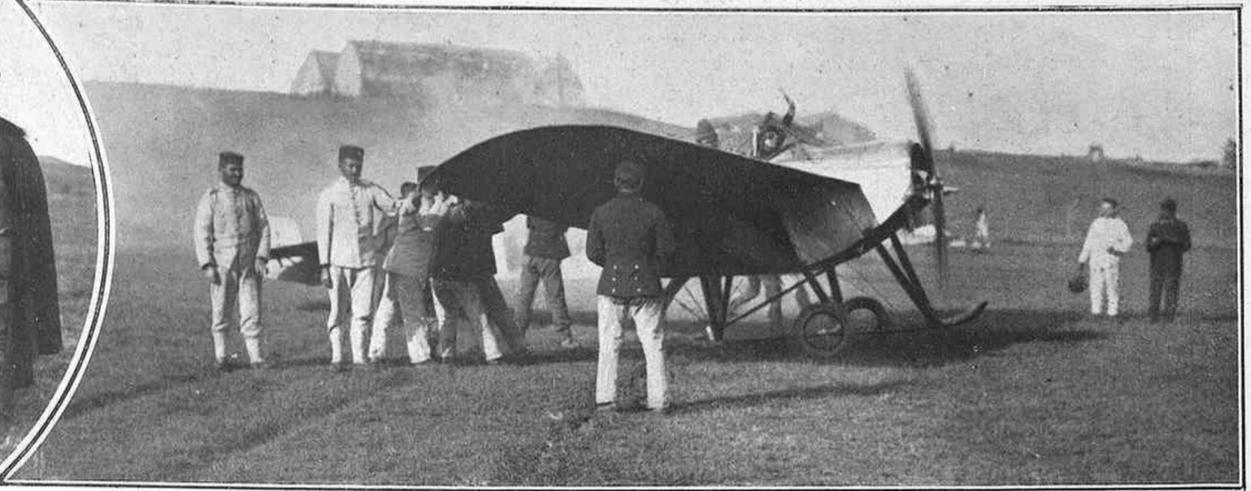
El eminente profesor francés Dr. Carlos Richet, a quien ha sido adjudicado el premio Nobel de Medicina en el presente año. (Fotografía de M. Branger.)

losa y la lactosa; con Eduardo Toulouse ha inventado el régimen hipoclorurado, basado en la idea ingeniosa y justa del metatropismo, y con Héricourt ha establecido la cura de la tuberculosis por la carne cruda precisando las reglas de la misma.

Pero sus dos grandes títulos de gloria son en pri-

cias de nuestra época. Su obra, que es inmensa, comprende trabajos de química biológica, de fisiología pura, de terapéutica, de psicología, dramas, novelas y discursos, admirándose en todas estas producciones una fogosa imaginación creadora, el culto a la verdad y el gusto del bien decir. - R.

MARRUECOS. - NOTAS DE ACTUALIDAD. (Fotografías de Vidal.)



Momento de ir a emprender el vuelo el primer aeroplano español en Marruecos

El general Marina, el coronel Vives y el capitán Kindelán visitando el campamento de aviación.

A fin de cooperar a la acción de nuestro ejército en Marruecos salió de Madrid a fines del mes pasado una escuadrilla de aeroplanos al mando del capi-

res Castrodeza, O'Felan y Sagasta alumnos pilotos. La escuadrilla llegó a Ceuta el día 25 e inmediatamente se procedió al desembarque de los aparatos, operación que presentó grandes dificultades por el gran volumen y el mucho peso que contenían los aeroplanos; cada piloto ayudó a desembarcar el suyo y el Infante D. Alfonso fué de los que en aquella ocasión trabajaron con más ardimiento.

del Río Martín. Primero se elevaron los pilotos Oliví y Alonso, llevando cada uno un pasajero y luego el coronel Vives y el capitán Kindelán, volando sobre la cabila enemiga de Beni-Osdat, el monte Derza y Tetuán. Los aviadores subieron a 900 metros, estudiaron las corrientes aéreas y las capas atmosféricas y sacaron fotografías de los aduares y de la situación de las cabilas.



El Jalifa de Tetuán y S. A. el infante D. Alfonso visitando un taller portátil de reparaciones mecánicas instalado en un camion automóvil
El Jalifa examinando un aeroplano después del aterrizaje

tán de Ingenieros D. Alfredo Kindelán, primer piloto superior militar y piloto, además, de esférico y dirigible. Con él partieron S. A. R. el infante D. Alfonso de Orleans y de Borbón; el capitán de Ingenieros D. Eduardo Marrón, muy familiarizado con la construcción de aparatos; el capitán de Estado Mayor D. Alfonso Bayo, exdirector de la escuela eventual de Alcalá de Henares; el teniente de Infantería D. Julio Ríos; el oficial primero de Intendencia D. Carlos Monzó, *recordman* de Madrid a Valladolid; los tenientes de Ingenieros D. Jenaro Oliví y D. Antonio Espín, este último encargado del segundo escalón de la escuadrilla, es decir del parque de reserva; el teniente de Infantería Don Luis Moreno Abella y el oficial de Sanidad D. Carlos Cortijo. Como observadores, para los trabajos de croquis, etc., etc., iban además, los oficiales de Ingenieros y de Artillería Sres. Burreiro y Cifuentes, y los oficiales de Estado Mayor y de Marina seño-

Al día siguiente éstos fueron trasladados al campamento de aviación de las inmediaciones de Te-

Los moros que estaban en la orilla opuesta del río tirotearon a los aviadores sin resultado.



Los soldados de las fuerzas moras recibiendo sus pagas mensuales

El vuelo de los aeroplanos produjo verdadero estupor a los moros amigos que lo presenciaban.

Por la tarde el Jalifa, acompañado del gran visir y de sus ministros y de los generales Marina, Primo de Rivera y Aguilera, estuvo en el campamento de aviación visitándolo detenidamente y presenciando las pruebas de altura, velocidad y descenso que efectuaron el infante D. Alfonso y otros pilotos. El representante del Sultán quedó muy satisfecho y felicitó con entusiasmo a S. A., a los demás aviadores y al general Marina.

Los pilotos diariamente realizan vuelos, distinguiéndose entre ellos el Infante, quien en una de sus excursiones aéreas y a consecuencia de una avería del aparato se vió en peligro de caer en pleno campo enemigo, pudiendo salvarse gracias a su serenidad y a sus conocimientos en aviación.

tuán, y el día 3 de este mes, por la mañana, se realizaron con gran éxito pruebas de aviación en el llano

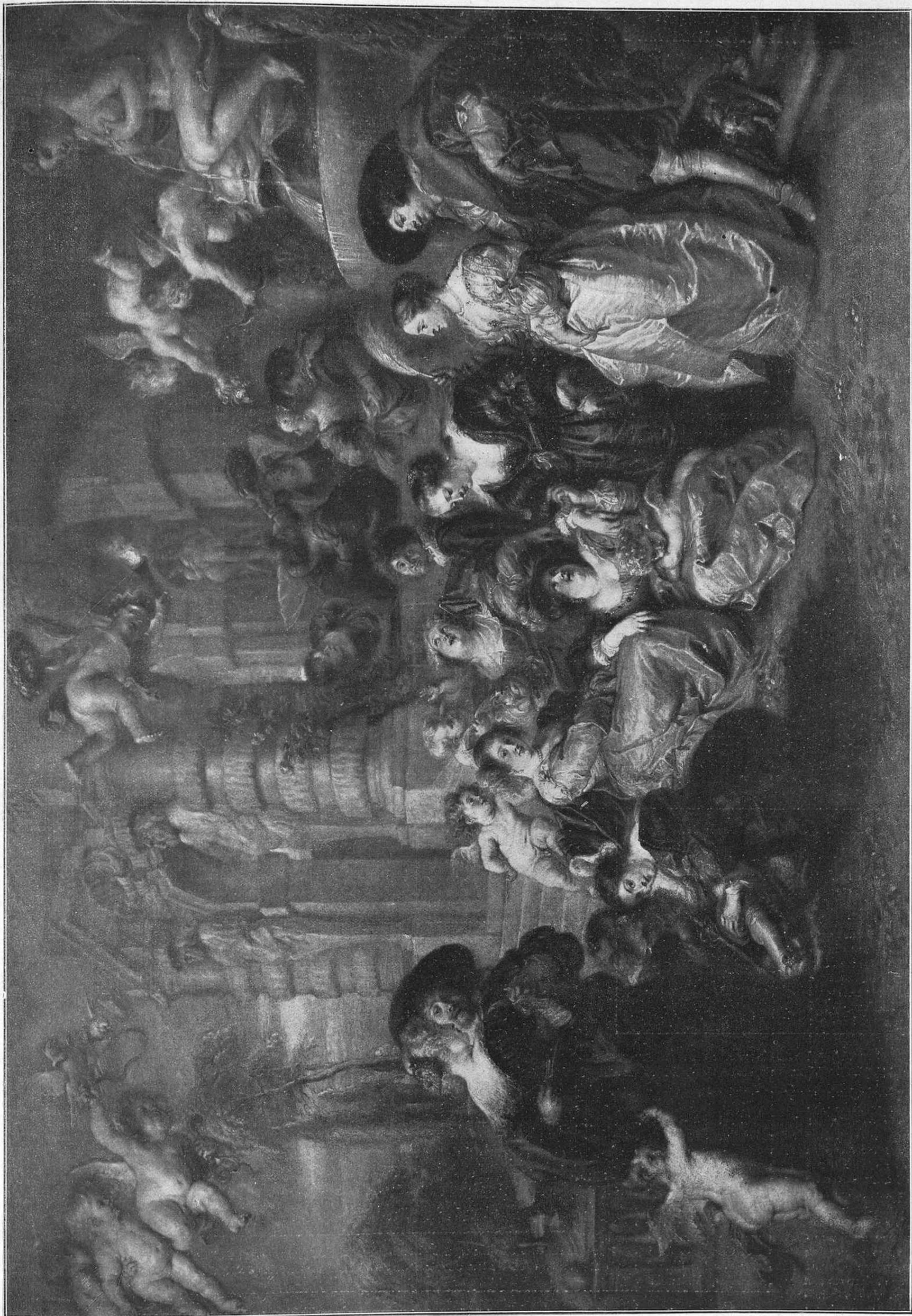
campo enemigo, pudiendo salvarse gracias a su serenidad y a sus conocimientos en aviación.



EL VIÁTICO, cuadro de Angel Morbelli existente en la Galería de Arte Moderno de Roma
(De fotografía de Vassari, remitida por Carlos Abeniacar.)



OVACIÓN A UN PICADOR, cuadro de Enrique A. Zo. (Salón de París de la Sociedad de los Artistas Franceses.)
(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)



EL JARDÍN DEL AMOR, cuadro de Pedro Pablo Rubens. (Museo del Prado, Madrid.)

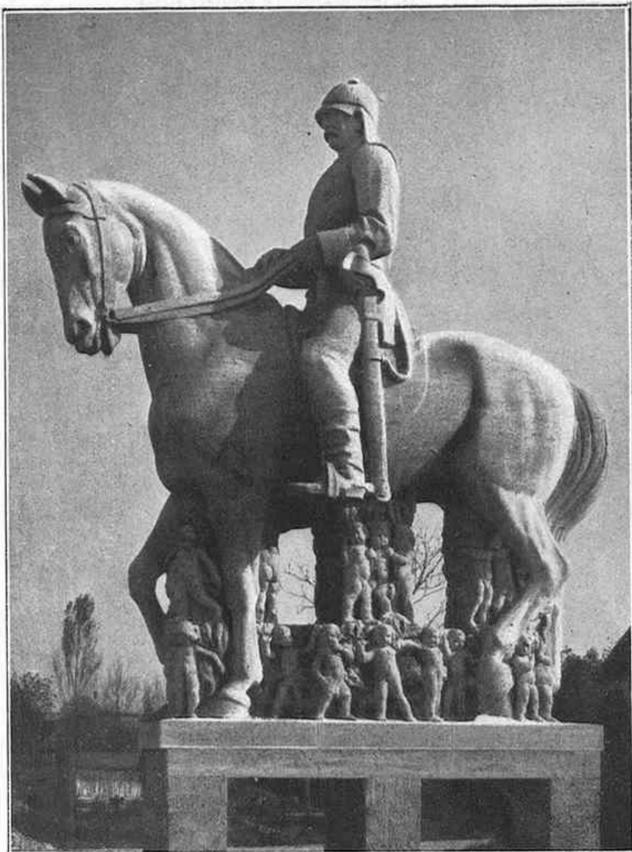


Madrid.—Los liberales presididos por el conde de Romanones y el marqués de Alhucemas depositando sobre la tumba del Sr. Canalejas la magnífica corona dedicada a su memoria por el partido liberal.

MADRID

EL ANIVERSARIO DE LA MUERTE DEL SR. CANALEJAS

Para conmemorar el aniversario de la muerte del Sr. Canalejas que, en 12 de noviembre de 1912, pereció alevosamente asesinado, celebráronse en la



Monumento erigido recientemente en Núremberg a la memoria de Bismarck, obra del profesor Flessmann. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)

iglesia de San Jerónimo de Madrid solemnes funerales en sufragio del alma de aquel eminente repúblico.

La nave del templo estaba cubierta con grandes paños de terciopelo negro festoneados de oro y delante del altar mayor levantábase un catafalco rodeado de artísticos candelabros de bronce y a cuyos lados amontonábanse numerosas y ricas coronas, entre las cuales se destacaban la del partido liberal, de grandes pensamientos de terciopelo y pluma, y las de flores naturales enviadas por el Congreso de Diputados, por el Círculo Liberal y por los liberales de Huesca, Zamora, Alcoy, Badajoz, Valencia y Castellón.

La presidencia del duelo estaba formada por el hijo del Sr. Canalejas, quien tenía a su izquierda al presidente del Consejo de Ministros Sr. Dato, al del Congreso Sr. Villanueva, al Sr. Navarro Reverter, al

ministro de Instrucción Pública Sr. Bergamín, al general Luque y a D. Antonio Maura; y a su derecha, al presidente del Senado general Azcárraga y a los Sres. García Prieto, Alonso Castrillo, Aura Boronat y conde de Romanones.

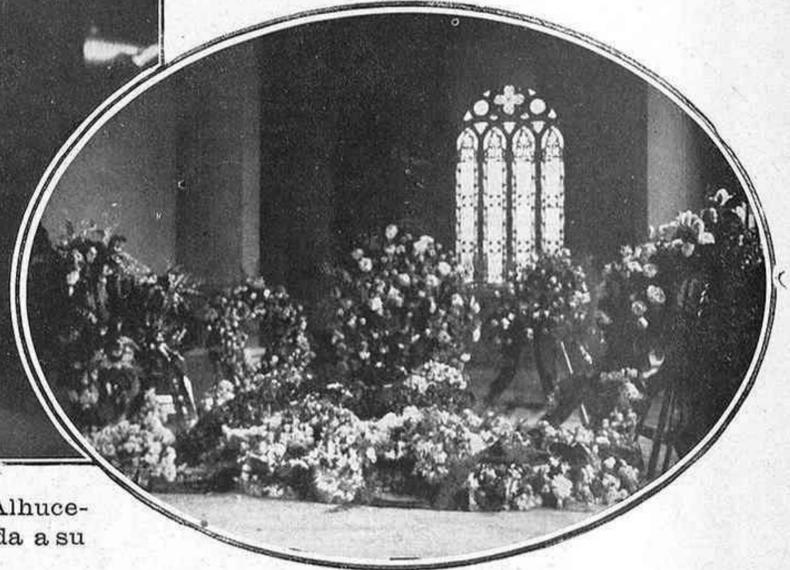
Todo el partido liberal estaba representado en los funerales, a los que asistieron también los prohombres y numerosos diputados y senadores de otros partidos.

Terminados los funerales, la mayoría de los asistentes trasladóse a la Basílica de Atocha, en donde se halla la tumba del Sr. Canalejas, que estaba cubierta de flores naturales y de coronas. Las que habían estado junto al túmulo durante los funerales fueron trasladadas al panteón; la del partido liberal fué colocada sobre la tumba por los señores conde de Romanones y marqués de Alhucemas, jefes de las dos fracciones en que el partido se halla dividido actualmente.

Muchos de los concurrentes al acto esperaban que con ocasión del mismo el conde y el marqués pronunciarían discursos en virtud de los cuales aparecerían nuevamente unidos todos los liberales; pero tales esperanzas resultaron defraudadas, pues aquellos dos personajes se limitaron a colocar la corona, desfilando luego todos los que habían asistido a la fúnebre ceremonia.

Flessmann, es verdaderamente artística y original y recuerda las estatuas ecuestres de los personajes medievales, así por su impresión de conjunto como por los detalles de ornamentación.

No se trata, pues, de uno de esos monumentos que todos los días vemos inaugurarse y muchos de los cuales son de una vulgaridad abrumadora; sino de una labor escultórica que se sale de lo corriente y que además reúne dos condiciones muy necesarias en esta clase de obras: la de reflejar con sus líneas vigorosas, casi duras, el



La tumba del Sr. Canalejas cubierta de coronas y flores. (De fotografías de Vidal.)

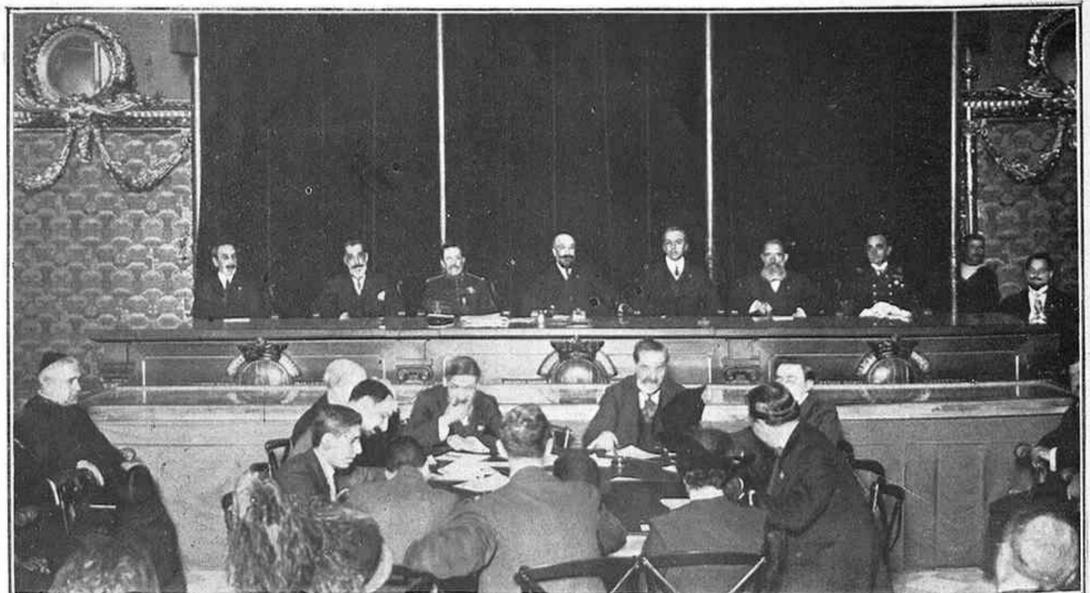
carácter del llamado Canciller de Hierro, y la de ajustarse por su estilo al lugar en donde se ha erigido, la ciudad de Núremberg, que es de todas las de Europa, la que conserva mejor el sello de la Edad Media.

BARCELONA.-EL CONGRESO DE GEOGRAFÍA

Con gran solemnidad celebróse el día 10 de los corrientes la sesión inaugural del Segundo Congreso de Geografía Colonial y Mercantil. Ocupó la presidencia el presidente del Congreso D. Francisco de A. Mas, quien tenía a sus lados al general Weyler, al presidente de la Cámara de Comercio de Barcelona, conde de Torroella de Montgrí; al concejal Sr. Carreras y Candi, en representación del alcalde, al Sr. Zaldívar, en la del presidente de la Audiencia y al comandante de Marina Sr. Montis.

El Sr. Mas pronunció un elocuente discurso saludando a los congresistas, elogiando la finalidad del Congreso, agradeciendo el concurso que a éste han prestado el Gobierno y las Autoridades y saludando a todos los congresistas españoles y extranjeros.

Hablaron también los Sres. Beltrán y Rózpide, barón de Broccart y Baudón, en nombre de la Sociedad Geográfica de Madrid, de la Real Sociedad Geográfica de Italia y de la Sociedad Geográfica de Marsella respectivamente; y el Sr. Carreras Candi en nombre del Ayuntamiento.



Barcelona.—Sesión inaugural del Segundo Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil celebrado el 10 de los corrientes en el salón de actos de la Cámara de Comercio. (Fot. Merletti.)

MONUMENTO A BISMARCK

La ciudad de Núremberg acaba de erigir a la memoria de Bismarck el monumento que adjunto reproducimos. Esta obra, debida al celebrado escultor

Al Congreso han acudido los más eminentes geógrafos de España y algunos del extranjero, que en las tres secciones en que aquel se divide, científica, económica y colonial han discutido interesantes temas y aprobado importantes conclusiones.

GIL DE CLAIRCOEUR

NOVELA ORIGINAL DE DANIEL LESUEUR. - ILUSTRACIONES DE SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

Fagueyrat continuaba su explicación. No habiendo tenido tiempo para reunir fondos... (Los encontraría. Nadie encuentra fondos con más facilidad

- ¿Qué es eso? ¿Quién viene a interrumpirme?, exclamó Claircoeur. Porque una puerta se había entreabierto y vuelto

El acento fué extraño. Esta también cambiaba. ¿De dónde venía, con aquel rostro pálido, aquellos ojos brillantes y agudos, aquellos ojos de sospecha?



- ¡Ca! ¡Si no puedes figurarte la risa que me dió al oír dictar esa quisicosa!

que un empresario de teatro. ¡Son tantos los que pagarían por hacer representar sus obras! Esto, de paso, descuidadamente...) no podía dar, como garantía, entradas que no existían aún. Pedían una firma, un anticipo..., niñerías. Con Sepol, ¡pardiez! Sepol, el marqués de Sepol, ¿sabe usted?.. Este le hubiera hecho el favor. Pero, como era miembro del Consejo de la sociedad, Sepol no podía.

Claircoeur observó cándidamente:

- ¡Qué lástima que yo sea mujer!

- ¡Lástima! ¿Quiere usted callar? No pienso yo así, dijo Fagueyrat, con una intención de galantería.

- Sí... Porque yo le ofrecería mi firma. Y hasta me enorgullecería de ello...

- Pero, mi querida autora, ¿en que había de valer menos su firma por emanar de hermosos dedos femeninos? Es conocida su firma. Al pie de su *Secreto del Guillotinado*, en el *Petit Quotidien*, no debe representar lejos de cincuenta mil francos. No son muchos los honorables comerciantes que realizan esa cifra anual de beneficios.

- ¿De modo que yo podría servirle a usted de garantía?..

Claircoeur reía, encontraba la cosa chistosa, increíble; hacía callar en el fondo de sí, como prosaicamente interesada, la voz de antes, que ahora murmuraba:

«De esta manera mi *Modistilla* está segura de ser representada, de permanecer en el cartel, de dar mucho dinero. Tengo comprometido al empresario, director y principal intérprete de la obra. Dispongo del teatro. ¿Qué influencia no voy a tener en él?

Ya, en su fogosa imaginación, no era sólo la *Modistilla*, era *El Guillotinado* que la sucedía. Y otras obras. El espejismo de las candilejas deslumbraba su cerebro, a pesar de estar bien equilibrado. (Pero ese espejismo ha desorbitado a otros más sólidos.)

a cerrar en seguida. La novelista levantó la voz y repitió:

- ¿Quién? ¿No pueden contestar?

Su entonación tenía algo de nervioso, de imperioso, que jamás alma viviente había notado antes en ella. Pero la escritora abrigaba sentimientos nuevos. Una gran fiebre. ¿Y por qué? ¿De dónde procedía? ¿Qué cambio se había operado? ¿Es que el orgullo, la ambición, la locura del éxito pecuniario, arden de pronto en las almas que los ignoraron en la época de los juveniles ardores? ¿Cómo admitir sorpresas de la personalidad más inverosímiles todavía?

La puerta que habían vuelto a cerrar, se abrió de nuevo. Gilberta, con su gran sombrero de fieltro, que sombreaba un rostro más grave que de costumbre y ligeramente pálido, entró:

- Dispensa, madrina... Creía que estabas sola.

¿Era cierto? ¿Celina había sido excepcionalmente reservada?

- Entra, muchacha... Entra, que te presento al Sr. Fagueyrat.

- Conozco al señor, dijo la joven con una breve inclinación de cabeza.

- ¡Oh!, sin duda... Lo has aplaudido, como todo el mundo.

- Es más: nos hemos hablado.

Gilberta sonreía, con una pequeña sonrisa maliciosa, casi agresiva.

Su tía, algo asombrada, miró a Fagueyrat. Y el actor, a pesar de su aplomo, a pesar de la insignificancia del encuentro, se puso encarnado, algo cohibido.

- Sí, sí. La otra noche... en el Gymnase... Buscando a usted, señora, me permití...

- No valía la pena de decírtelo, madrina. Suponía muy bien que, si el Sr. Fagueyrat quería verte, encontraría fácilmente la ocasión.

Sin embargo, su risa fresca floreció en sus labios, con una encantadora expresión de alegría y de traviesa, más bien que de malicia, aquella malicia con que quería acerar sus palabras.

- Aquella noche fui buena profetisa, caballero. No le recibieron a usted muy bien en el palco del primer piso, el de sus bellas amigas.

El se irguió, picado:

- Ignoro lo que significa eso, señorita.

Su solemnidad pareció a Gilberta sumamente cómica, y la muchacha rió más fuerte, más francamente, como una niña a quien amenazan por broma.

- Sí, sí... bien lo sabe usted. Le pusieron a usted de penitencia, en el fondo. Lo vi perfectamente. ¡Y ponía usted una cara!..

Bruscamente, la risa se heló en sus labios. Gilberta vió a su madrina en pie, muy seria - de una seriedad casi dolorosa, que ella no le conocía, y que la impresionó.

- Hija mía, basta, El Sr. Fagueyrat y yo estamos hablando de cosas muy serias. Ten la bondad de dejarnos todavía un momento solos.

Menos de un cuarto de hora después, Claircoeur, enteramente de acuerdo con el futuro empresario de las *Fantasías Louvois*, lo acompañó hasta la puerta.

En la galería de las *ripolinas* blancuras, en el momento de las últimas congratulaciones, Criqueta salió de pronto de una casilla de arquitectura de orden compuesto: mimbre y felpa, pagoda y panteón de familia - no se sabía a punto fijo lo que el edificio representaba, con lo pretencioso de sus líneas y la puerilidad de sus materiales. La perrita dormía allí con el hocico entre las patas delanteras, cuando el ruido del coloquio la despertó. Su vista mal despejada vió de pronto dos pies extraños, desconocidos; dos pies de hombre, que, a pesar de sus dimen-

siones moderadas y de la finura del calzado, le parecieron, en el sobresalto del despertar, las bases espantosas de algún invasor. Se precipitó hacia aquellos pies enemigos, con ladridos terribles, el lomo arqueado y tan erizado, que parecía un largo cepillo de limpiar tubos de quinqué.

Fagueyrat hizo hacia atrás un movimiento que el más valiente no hubiera evitado. Pero Criqueta, incapaz de atacar ni siquiera a un ratón, se limitó a las fanfarronadas de la garganta. No pudiera decirse que era incapaz de hacer daño a una mosca pues atrapaba a estos insectos con tal destreza, que, una vez al alcance de su hocico, las infelices desaparecían de este mundo, en el fondo de sus negras fauces, con un «¡hah!», después del cual ninguna había vuelto jamás. Pero Criqueta en su vida había hecho daño a criatura alguna fuera de las moscas. No iba a empezar por Fagueyrat.

El actor, algo confuso de su precipitado paso atrás, cuando se hubo dado cuenta del tamaño de la asaltadora, sonrióse vagamente emitiendo esta reflexión:

— Está visto que no inspiro más simpatías a su fox que a su sobrina.

Pero recobró en seguida su buen humor, y añadió, inclinándose para besar la mano a Claircoeur:

— Las domesticaré.

Y se fué sin añadir nada a esta frase, deliciosamente dicha y acompañada de un gesto graciosamente respetuoso. Antes de desaparecer, toda su persona flexible de joven profesional de las actitudes elegantes, y su simpático rostro, tuvieron un momentáneo impulso: gratitud, alegría, silenciosa protesta de abnegación, ingenua exuberancia. El excelente cómico, a pesar de su maquiavelismo, tejido de recursos de su pretenciosa vanidad, era, como tantos héroes de la escena o de la vida, un simple muchacho, un niño grande, que la bondad de una mujer hubiera hecho caer de rodillas, con lágrimas en los ojos. Una mano, de dulzura casi maternal, le tendía el juguete locamente deseado. Fagueyrat tuvo que contenerse a fin de no manifestar una emoción, cuyo calor, aunque exhalado hacia una persona que él consideraba como al abrigo de toda veleidad al amor, podía interpretarse mal.

Mas, para la que permaneció de pie, inmóvil, en la galería de los lechosos brillos, reteniendo bajo sus párpados entornados la mirada de hombre más expresiva de cuantas se habían fijado en ellos, más hubiera valido que él hablase. Más hubiera valido que manifestase su embriaguez de ambición, su deslumbrada certeza de fortuna y de éxito; que confesase hasta los inmediatos beneficios materiales que le valdría, aquella noche, la victoriosa revelación:

— Soy empresario de teatro. Yo reparto dinero y papeles. La mina en que encontraré los primeros fondos no se agotará por ahora.

Lentamente, Claircoeur se dirigió hacia el cuarto de Gilberta.

— ¿Puedo entrar, hija mía?

— Sí, sí, madrina. Tú puedes entrar siempre.

Detrás de su ama y pegada a sus faldas, Criqueta trató de introducirse. Con las orejas tiesas y la mirada distraída, afectaba un aire de indiferencia, y se escurrió hasta la piel de cabra que, delante de la cama, servía de alfombra.

— ¡Oh! ¡la perra no!.. Despidela, por favor. Luego encuentro pelos suyos en todas partes, hasta en mis cajas de sombreros.

Criqueta, que había comprendido perfectamente, y ya se había echado sobre la piel de cabra, hecha un ovillo, sopló un poco entre sus patas — un pequeño suspiro de satisfacción — como criatura incapaz de creer que nadie turbase su inocente seguridad.

Sin embargo, tuvo que largarse de allí, con la mezuquina compensación implicada por la forma de destierro.

— Anda, pobrecita. «Mamaíta» irá a buscarte luego. Ya sabes que no te quieren aquí.

Pero de pronto, Claircoeur que se había vuelto, olvidó que habían lastimado el amor propio de su perra.

— ¡Oh! ¡Gilberta, hija mía! ¿Has llorado?

— ¿Llorado? ¡Vaya una idea!, protestó la joven.

— Sí... vamos, no digas que no. ¿Te ofendí, delante de Fagueyrat?

Dijo Fagueyrat a secas, como si el actor hubiese ya entrado en la familiaridad de la casa. Sin embargo, una vacilación imperceptible, un desfallecimiento de la voz, destacaron el nombre, dándole una vibración particular.

— ¿Qué me importa a mí ese señor?, declaró Gilberta.

Y clavó en su madrina un rayo de sus negras pupilas, por entre las pestañas aljofaradas de pequeñas

gotas, como arpados de avena después de la lluvia.

— No te enfades por eso, hija mía. Llegaste atolondradamente. No había ningún mal en ello. ¡Pero si supieras lo que resolvíamos! ¡Imagínate que toma un teatro... el Louvois, nada menos! Y la primera obra que va a poner... Adivina... *Las desdichas de una modistilla*.

— ¿De veras?..

Gilberta quedó un poco sofocada. No se encontraba en un momento en que se ve desde luego el lado bueno de las cosas. Sin embargo, la noticia subía hasta las estrellas, como un hermoso disparo de fuegos artificiales.

La muchacha tendió sus brazos.

— Madrina..., deja que te abraze. Me alegro infinitamente por ti.

— Y por ti, hija mía. ¿No compartes conmigo todas mis dichas?

Claircoeur entró en detalles. El principal papel de hombre sería desempeñado por Fagueyrat.

— Y el principal papel de mujer, por Blandina Jazmín, sugirió Gilberta.

— ¿Blandina Jazmín?, repitió Claircoeur, sorprendida.

— Sí, madrina, sí... Será por ella por la que toma un teatro, aseguró la muchacha, con esa tranquilidad inconscientemente cínica de las ingenuas que hablan de cosas escabrosas.

Gilberta vió descomponerse lo fisonomía de su madrina, y añadió vivamente, con amable intención:

— ¡Oh! para el papel de modistilla, la pequeña Jazmín reúne tan buenas condiciones como cualquier otra. Se necesita, sobre todo, naturalidad, juventud, y un buen palmito, muy parisiense.

Repetía, sin saberlo, los términos en que Fagueyrat había anunciado su maravilla.

Claircoeur la interrumpió:

— ¡Bah! es imposible. Tú misma oíste decir que había roto con ella. Semejantes relaciones pueden admitirse para un actor del Teatro Trágico, pero no para el empresario del Louvois.

La creadora de Adhemar y del noble «guillotinado» hablaba por la boca desdeñosa de la excelente mujer. Adoptó un tono menos enfático para preguntar a su sobrina:

— Pero tú, Gilberta... Hablemos un poco de ti. ¿Has visto a Monbardón?

— Claro, que le he visto, puesto que me esperaba a las tres.

— ¿Y bien? ¿Estás contenta?

— Mucho.

La fresca boca se cerró después de este monosílabo como la chapa de un anillo después de una gota de veneno.

— ¿Tus crónicas van a publicarse?

— Me lo han prometido.

— ¿Habéis arreglado una colaboración?

— Todavía no.

Esto dicho, asomó a sus labios una sonrisa de joven esfinge.

— Contestas de una manera muy extraña, Gilberta. ¿Con qué condiciones va a publicar el *Gulliver* tus crónicas? ¿Monbardón te ha propuesto algunas?

— Muy pocas.

Claircoeur observó atentamente el rostro de la muchacha, que se apartaba, amargo y enigmático.

De nuevo brilló una línea húmeda bajo sus largas pestañas.

— Hija mía, tú tienes alguna pena. Habla. ¿Qué te ha pasado?

Gilberta no contestó.

Entonces, la tía, bajando la voz, ruborizada por lo que se atrevía a decir, preguntó:

— ¿Monbardón te ha hecho la corte?

Gilberta se irguió, soltando una carcajada.

— ¡Oh! madrina, el director del *Gulliver* no hace «la corte» a una pobre chiquilla que pretende ganarse el pan llevándole artículos.

Golpeó el suelo con el pie, dando resoplidos como un potro nervioso.

— No hablemos más de eso, madrina, por favor. Si no se publican mis crónicas, aun será tiempo de presentarme al concurso del Ministerio.

V

— Di, Berta, ¿parece que la tía no está aquí?..

— ¡Oh!, ¡qué susto me has dado!, gritó Gilberta, con un sobresalto que sacudió su pluma y manchó de tinta la página empezada.

Escribía, en su cuarto, con la mesa arrimada a la ventana abierta. Había llegado el verano, y el sol de las once iluminaba el extraño paisaje parisiense detrás de la casa del bulevar Raspail. Un trozo de barrio destripado por la apertura de este bulevar aparecía aún con sus paredes sin simetría, algunas de

las cuales mostraban el dibujo de los pisos, los ángulos y revueltas de escaleras desaparecidas, las negras serpientes de las chimeneas arrancadas, y algunos tabiques de cuartos, donde el papel perdía poco a poco, bajo la acción del viento y de la lluvia, la huella de los muebles, de los cuadros que en ellos se apoyaban cuando formaban abrigadas estancias en que seres humanos vivían su destino.

Entre aquellas viejas moradas y los edificios nuevos, subsistían acá y acullá pedazos de jardines. Un gran árbol, uno solo, un condenado a muerte, verdecía su última estación. Su cima, aunque aclarada y achaparrada, dominaba el cuarto piso ocupado por la novelista, a proximidad del dormitorio de Gilberta. La muchacha que, con la mano, casi podía tocar las ramas más cercanas, llamaba su parque a aquel grupo de follaje, y había anidado en él más sueños que pájaros había abrigado el olmo, y su imaginación había hecho tantas excursiones por las ramas, que, para la niña ciudadana era, en efecto, aquel taciturno centenario más bien una finca que un árbol. Gilberta temía verlo caer bajo el hacha, como hubiera temido ver morir un amigo.

Con la pluma en suspenso, la joven meditaba, mirando el árbol, cuando la invasión desaprensiva de su hermano le había causado un estremecimiento.

— Bernardo, a los dieciocho años no se tienen ya semejantes modales. Si hubiese sabido que ibas a venir esta mañana, hubiera cerrado mi puerta con llave.

— ¡Bonita manera de recibirme, Berta!

Siempre daba el nombre de Berta a aquella hermana que le habían presentado ya grande cuando él tenía diez años, y con la cual pretendía ser camarada como con un muchacho.

— ¿Sabes?, dijo él, no es el momento más oportuno para jorobarme, porque acabo de recibir un rudo golpe.

— ¿Qué golpe?

— El Bachillerato...

— ¿Y bien?

— Otra vez calabaza.

— ¡Es posible!

— Como lo oyes.

— ¡Ah! ¡mi pobre Bernardo!..

El «pobre Bernardo» se acercó a la mesa silbo-teando, con las manos en los bolsillos.

Era un adolescente alto y flacucho, de rostro afilado, tez pálida, cabellos negros y lisos, y ojos de un gris amarillo, llenos de fuego. Ofrecía en sus rasgos fisionómicos una resolución que podía transformarse en osadía, y hasta en insolencia, pero que no carecía de gracia, por su contraste con la indolencia de los movimientos. Indolencia aparente, como la de los felinos, bajo la cual se adivinaban resortes rápidos en dispararse, un ardor de sangre y de nervios que debía aturdir a la reflexión y estorbar a la intelectualidad, aunque al primer golpe de vista estuviese uno seguro de no tratar con ningún tonto, ni siquiera con un ser trivial.

— Pero, Bernardo, ¿cómo has podido hacerte calabacear otra vez? ¡Después del esfuerzo que has hecho en el liceo durante todo el curso!

— Ha sido el tema de disertación que me ha exasperado. No he podido retenerme de desarrollarlo a mi manera.

— ¿Qué tema era?

— Una máxima de la Rouchefoucauld. Atrapa esto: *Los filósofos, y Séneca sobre todo, no hicieron cesar los crímenes con sus preceptos; no hicieron más que emplearlos en la edificación del orgullo.*

— ¡Ave María Purísima!.. Pero dan a elegir entre tres temas. No tenías más que dejar ése.

— ¡Ca! ¡Si no puedes figurarte la risa que me dió el oír dictar esa quisicosa! ¡Era de rechupete!.. Bernardo Andraux no podía privarse del placer de añadir el comentario esencial.

— ¿Encontraste algo que decir sobre ello?

— ¡Pues no! Y en un estilo conciso. Dos palabras.

— ¿Cuales?

— ¡Un cuerno!

— ¡Bernardo!

— Pero las repetí varias veces. ¡Un cuerno!, ¡un cuerno! y ¡un cuerno!

— ¡Qué horror! No te volverán a admitir a exámenes.

— Así lo espero.

— ¡Pero, hermano mío!.. ¿Y papá lo sabe?

— Todavía no.

— ¿Cómo se va a poner?

— ¡Y cómo me va a poner a mí!

— Y mi madrina... Estará furiosa.

— Escucha, Berta..., suprime tus profecías. Su realización no me hará mucha gracia. No nos anticipemos a los acontecimientos. Si he de morir en el patíbulo, prefiero que no me lo digan más.

- Sin embargo, esto no es un gran honor para la familia.

- Nuestra familia... Precisamente, se hace en ella demasiada literatura. Yo seré la oscura excepción. Hasta la mocosilla de Lilia «cultiva las letras». El otro día la sorprendí ocultando un cuaderno que ella había titulado: *La novela de una muñeca*.

- ¿Qué me cuentas?..

- Lo descubrí aunque ella pateaba de rabia...

- ¿Sabes lo que lei?.. Paso por alto la ortografía:

«Las muñecas no nacen como los niños. Se las compra muy caras. Por esto los niños pobres pueden tener bonitos hermanos y hermanas, pero nunca tienen bonitas muñecas.»

Gilberta se rió.

- Tú inventas, Bernardo.

- Te juro que no.

- Pero... ¿Lilia explica cómo vienen al mundo los hermanos?

- Lo ignoro. Me mordió la mano con tal fuerza que le devolví su obra maestra, ilustrada con un pescozón.

- ¡Pobre niña!

- ¡Oh!, no la maté.

- ¡Bah!, no es en el pescozón en lo que pienso.

Gilberta miró hacia su árbol con ojos tristes.

Bernardo refunfuñó:

- ¡Anda, compadécela! Vosotras, las mujeres, tenéis todas las ventajas.

- Te lo figuras.

Hubo una pausa, después de la cual el comentar de la Rochefoucauld repuso:

- Escucha, Berta, no he venido para filosofar.

Para eso, bastante materia tenía en otra parte. ¿Sabes?.. El difunto Séneca y la «edificación del orgullo».

- ¡Loco! Y bien, ¿qué piensas hacer ahora?

- Cosas sorprendentes. Quería hablar de eso con la tía Gil. ¿Va a volver pronto a casa tu madrina?

- No lo sé. Pero eres poco cortés. ¿Por qué has de hablar con ella más bien que conmigo? En el fondo, aunque joven, creo conocer la vida más que ella.

¡Palabra!

- ¿Pues, y yo? Pero a quien vengo a recurrir no es a su experiencia.

- ¿Ah?

- No. La tía Gil tiene mucha gaita, ¿verdad?

- ¡Oh, Bernardo!

- ¿Qué?.. No quiero saquearla. Pero bien puedo pedirle un favor.

- ¿Necesitas dinero?

- No. Soy el único.

- Un chiquillo como tú. ¡Y que acaba de marrar por tercera vez el bachillerato!.. Me parece que la ocasión no es muy oportuna para dar sablazos a los parientes.

Bernardo saltó de cólera. Corrió una llamarada por sus descarnadas mejillas y sus ojos brillaron como dos ascuas.

- Hazme el favor de cambiar de tono, Berta, si quieres que continuemos siendo amigos. No soy ya un chiquillo. Soy un hombre, y un hombre resuelto a hacer su carrera como le dé la gana. Eres libre de no ayudarme. Mas no pongas obstáculos, porque te arrepentirás.

Gilberta lo calmó fácilmente, pues le amaba con ternura, y él lo sabía.

- Entonces ¡qué diablo!, dijo él en conclusión, no te pongas de parte de los antepasados.

En la calma de la reconciliación, le reveló una idea. Estaba resuelto a dedicarse a la aviación. En dos años, podía ganarse una fortuna. Pero los grandes beneficios no durarían sino mientras durase el período de la concepción de la nueva máquina. Los *records*, las proezas, la rivalidad de los periódicos - a quienes propondrá la prueba más osada con la recompensa más formidable - todo eso desaparecería cuando se hubiese encontrado el modelo más o menos definitivo del aeroplano.

- Sucederá lo mismo que con el auto, ¿comprendes? Ya no hay nada que hacer con el auto. Y, sin embargo, hace menos de veinte años, muchachos de mi edad y de mi temple no tardaban en hacerse con su millonaje, corriendo por los constructores.

- Cuando no se estrellaban en la carrera, observó Gilberta.

- ¡Claro! ¡Si no hubiera sido por eso!.. ¡Ahí está el *chic* de la cosa, muchacha! Precisamente a causa de los peligros, en esos oficios se hace uno más célebre y más festejado que un príncipe, aun más que uno de tus príncipes de las letras. Te llevan en triunfo, te cubren de oro. O bien... ¡Crac! En un abrir y cerrar de ojos... Se acabaron los disgustos... Sin darte cuenta, das el gran salto mortal. Y estás seguro, pero segurísimo, de un entierro de primera clase, por añadidura.

- ¿Y si quedas estropeado?.. ¿Y si ardes vivo en la esencia de tu motor?

Bernardo se encogió de hombros.

- Además, nada que hacer, añadió el muchacho.

- ¡Cómo, nada que hacer! Precisamente para esto se necesita energía, voluntad, resistencia al sufrimiento!

- Pues bien, tontuela, la energía, la resistencia al sufrimiento, la voluntad no tiene nada que ver con los parches que se pegan a los pasantes del colegio, ni con el estudio... Son la alegría del vivir... A eso no le llamo yo trabajo. ¡Trabajo!.. Cuando uno está arriba y se dice: «La gloria del dinero... o la muerte... ¡No hay término medio!» ¿Crees que uno piensa en aplicarse al estudio y hacer círculos de tinta en las márgenes, como con Séneca, La Rochefoucauld, y todos esos latosos? No es trabajo el tener todo su ser en juego, en el afán de llegar el primero que hace que el peligro mismo no cuente al lado del temor espantoso de no salir vencedor. ¡Ah! ¡Berta, hermana mía! Sólo de pensarlo, tiemblo de impaciencia. ¡La sangre hierve en mis venas!

El muchacho, alto y flaco, se estremecía como un arco tendido cuya cuerda se pulsa. Sus ojos brillaban y se oscurecían alternativamente, adquiriendo por momentos la leonada fijeza de la pupila de un aguilucho.

- ¡Me asustas, Bernardo!.. Estaré siempre inquieta. No sé si debo aprobar tu idea, se aventuró a decir su hermana.

El muchacho replicó abalanzándose hacia ella:

- Me importa un bledo que la apruebes o no. Una de dos: o encontraré el dinero necesario para mi aprendizaje - que no será largo, yo te lo aseguro - o me haré albañil, criado, cualquier cosa, en una escuela de aviación. Pero como me disgustará verme reducido a eso, tomaré el tole para América. Y aprenderé allí. Si no tienes interés en que me vaya, es menester que me ayudes a procurarme el concurso de la tía Gil.

- Pero, muchacho, en cuanto a dinero, la tía Gil...

- ¿No tiene, por ventura?

- Gasta mucho en este momento. Sé que ha transferido fondos.

- ¿Para su cómico?

- ¡Qué dices!..

- Sí... Para ese arrendamiento de teatro, en que su Fagueyrat le prepara un descalabro mayúsculo.

- ¡Bernardo!, exclamó Gilberta, ¡te prohíbo que hables así de mi madrina! ¡«Su» cómico!.. ¡«Su» Fagueyrat!.. ¿No te da vergüenza?.. ¿Qué te atreves a insinuar?

- ¡Oh! nada, absolutamente nada, protestó el hermano, con calma. Nuestra buena tía Gil está al abrigo de todos los peligros, a excepción del de dejarse desplumar por un saltimbanqui.

- ¡Un saltimbanqui! ¿Marcelino Fagueyrat? Uno de los primeros actores de París. ¡Y todo un caballero! No sobes de quien hablas.

- ¡Hola! ¡hola!.., exclamó el mozalbete, con una sonrisa burlona, al ver animarse el rostro de la muchacha; por lo visto no es tan sólo sobre las buenas peras maduras donde ese apuesto primer galán hace estragos.

Esta impertinencia de dos filos iba a desencadenar una fraternal disputa, cuando un ruido de puertas, pasos y voces provocó una diversión.

- Aquí llega mi madrina.

- ¡Qué suerte! Voy a poderla hablar.

- Pero... diríase que viene alguien con ella.

En aquel momento una persona de vivacidad juvenil, brillante, bien puesta, vestida de claro, entró como un ligero torbellino.

- Gilberta, hijita, traigo a Fagueyrat. Almuerza aquí. Llégate a la cocina, a ver qué hay. Da este pastel, que traigo, para que lo aderecen. Di luego a Celine que vaya a la horchatería y encargue un helado cualquiera para dentro de una hora. Mantecado de fresa si es posible. Bernardo, hijo mío, dispensa que no te haya saludado en seguida. Dame un beso. ¿Sigues bien? Vas a almorzar con nosotros, ¿verdad? Vamos a regalarnos. Beberemos champaña.

Sin cesar de hablar, Claircoeur cogió a su ahijada por el brazo y la retuvo.

- Escucha... ¡Oh! ¡hijos míos, no podéis imaginaros! Las decoraciones de mi drama... Acabamos de ver los bocetos, con Fagueyrat. Será cosa asombrosa, inaudita... Hay una combinación, en el quinto acto... ¡ya veréis! Si todo París no corre al Louvois, sólo por eso... Pero anda, Berta, tesoro mío. Se os contará eso en la mesa. Lo mejor que haya... Y fruta; no te olvides de la fruta... Abajo hay melocotones muy hermosos, a dos francos cada uno.

- ¡Dos francos un melocotón, en julio! ¡Bien, tía Gil, gritó Bernardo dando un brinco, ya no nos pre-

dicarás más la economía.

La embriaguez de alegría que emanaba de la novelista se comunicó al cerebro del muchacho. Si iba todo tan bien ¿qué importaba el nuevo suspenso en el bachillerato, las escenas previstas en la casa paterna, la oposición de los padres a su vocación aérea, el portamonedas cerrado de papá Andraux, las crisis de nervios de mamá, los aullidos de Lilia? Bernardo tendría de su parte a la tía Gil y su dinero - aquel dinero ante el cual toda la familia se inclinaba. Una persona tan triunfalmente feliz no sería difícil de enternecer y persuadir.

- ¡Caramba! ¡eres admirable! ¿Sabes que no te conocí cuando llegaste, tía Gil?, dijo el mozalbete que por intuición, empezaba a representar su papel de galán joven, y debutaba con una galantería.

El cumplimento - si cumplimiento es el no conocer a una mujer, porque parece hermosa - contenía una dosis muy pequeña de exageración. Bernardo no salía del estupor que le había causado el aspecto nuevo de la que llamaba su tía, y a quien, sin asomo de reflexión, atribuía hacia él obligaciones de parentesco.

La contemplaba aún, con sus ojos brillantes y risueños, con un asombro que se guardaba de disimular, puesto que era un homenaje que ni siquiera le costaba el trabajo de la invención.

- Tía Gil ¿qué te ha pasado? Pareces tan joven como Gilberta... (Esto era excesivo.) ¡Y de una elegancia!.. (Hizo chasquear la lengua, como quien es perito en la materia.)

- ¿Te gusta mi vestido?

Si aquel muchacho de dieciocho años hubiese sido un observador de cincuenta, un viejo psicólogo con los ojos cansados de mirar las almas en el fondo de otros ojos, con los ojos acostumbrados a todas las vibraciones de los acentos humanos, se hubiese asombrado más de estas cuatro palabras «¿Te gusta mi vestido?» que de la transformación externa de la tía Gil.

«¿Te gusta mi vestido?..» ¿Era la solletinista del *Petit Quotidien*, la mujer sin coquetería, sin elegancia, casi sin edad, a quien Fagueyrat encontró una noche de invierno, en el momento en que ella iba a ver a su director y amigo, con el cual ella misma se chancaría sobre su cara desprovista de seducción?.. ¿Era la maternal tía adoptiva, preocupada por la familia que se había apropiado, por su piso confortable y por su perrita Criqueta?.. ¿Era la misma persona que hoy preguntaba - y a quién - a un muchacho: «¿Te gusta mi vestido?»

Bernardo, el suspenso por tercera vez en los exámenes de bachillerato, incapaz de apreciar la significación sorprendente, y quizá trágica, de tan simple pregunta - ¡pero en qué boca! -, declaró que todo el traje era de un *chic* intenso.

- Pero lo que me deja turulado es tu sombrero, mi querida y admirable tía, añadió el muchacho. Nunca te había visto más que con tortas sobre la cabeza... Tortas de terciopelo y azabache en invierno. Tortas de clin y flores sobrenaturales en verano. Y te contemplo con un verdadero sombrero, con un sombrero de alas, de anchas alas, adornado con los ondulados despojos de un avestruz. ¿Sabes que te sienta muy bien? ¡Caramba! ¡Y tus ricitos que asoman por debajo!.. ¿Supongo que no te has cortado los cabellos de delante? ¿Llevas postizos?

- Vamos, Bernardo, no me desprecies, dijo Claircoeur, apartando, con un movimiento de impaciencia, los largos dedos indiscretos del chico.

El examen era ya demasiado minucioso y acababa por serle molesto. Sin embargo, no dejó de protestar, respecto a sus ricitos, que no eran postizos. En la familia, nadie ignoraba que tenía una rica cabellera, tan abundante que le costaba mucho trabajo peinarse.

- Pero; tía Gil, a ver... No tiene ya el mismo color... ¿Dónde están las canitas que contábamos, ahí, en la sien? ¡Te he cogido en un renuncio!.. Te has puesto alheña.

- ¡Basta, Bernardo! He admitido un instante de broma, pero no te extralimites. Deja de ocuparte en mis cabellos, en mi vestido, en mi sombrero... ¿oyes, muchacho?

Él se lo tuvo por dicho, sintiendo haberse excedido. ¡La pifia!, pensó con inquietud. Y trató de reparar la falta a fuerza de atenciones.

- ¿Puedo ayudarte en algo, para el almuerzo, tía? Si tienes algún encargo que confiarme, pronto estará hecho, sabes?

- Gracias, no hace falta. Quédate aquí con tu hermana, mientras me desvisto.

- ¿Y el Sr. Fagueyrat?.. ¿Está solo?.. Si quieres que yo vaya...

- El Sr. Fagueyrat repasa un acto en mi despacho. No le distraigas.

PARÍS. - UN CONCIERTO DE SAINT-SAENS

Los aficionados a la música no ignoran que el eminente maestro Saint-Saens antes de ser compositor y aun en los pri-



París. - El eminente compositor Camilo Saint-Saens en el concierto que recientemente ha dado despidiéndose del público como pianista y organista. (De fotografía de Harlingue.)

meros años de serlo había sido un admirable ejecutante. No contaba todavía diez años cuando dió su primer concierto en la sala Pleyel de París, tocando, entre otras piezas, un concierto de Mozart de un modo maravilloso. Después, siendo ya músico célebre, autor de algunas hermosas obras, fué organista

ta primero de la iglesia de Saint-Merri y luego de la Magdalena. Posteriormente abandonó casi del todo, para el público, el piano y el órgano a fin de consagrarse exclusivamente a la composición, que tanta gloria le ha conquistado.

Pero recientemente, el día 6 de este mes, ha reaparecido ante los parisienses como pianista y organista dando en la sala Gaveau un concierto a beneficio del Círculo Nacional para el soldado de París. A esta solemnidad artística acudió el «todo París», con tanto más interés cuanto que Saint-Saens había declarado que aquél sería su último concierto de virtuoso. El programa se componía del *Concierto en si bemol* de Mozart, de la *Gran fantasta* de Liszt para órgano y de varias de las más bellas obras de Saint-Saens, entre ellas la *Marcha religiosa* para órgano y el *Quinteto* para piano y cuarteto, piezas que ejecutó de un modo inimitable el ilustre maestro.

Otro pianista eminentísimo, Francisco Planté, que no pudo asistir al concierto, escribió una carta lamentándose de no poder unir sus aplausos a los que iba a recibir su gran amigo: «Aplaudir alternativamente a Saint-Saens, decía, como pianista y como organista, es una suerte rara y maravillosa para nuestro público parisiense... Todo París estará allí; yo le envidio y quisiera estar con él.»

DR. MARCO M. AVELLANEDA

El día 2 del próximo noviembre sale para Madrid, para tomar posesión de su alto cargo, el Dr. Marco Avellaneda, una de las más simpáticas personalidades de su generación y en quien se enmaridan, de feliz manera, el histórico lustre de su apellido con la ingénita caballerosidad de su carácter.

De su ilustre abuelo se puede juzgar con saber que su bisabuelo, el Dr. Nicolás de Avellaneda y Tula, nacido en Catamarca en 1788, fué gobernador de su provincia, miembro de la memorable Asamblea de 1813, del Congreso de 1826 y personalidad sobresaliente del partido unitario; que su abuelo, el doctor Marco M. de Avellaneda, nacido en 1814, fué también gobernador de Tucumán y director de la *Liga del Norte*, fundada para atacar al tirano Rosas, quien logró vengarse mandando le fusilaran y se expusiese su cabeza en lo alto de una pica en la plaza de Salta; y que su pa-

dre, D. Nicolás Avellaneda (el primero que suprime el *de*), lo fué todo: escritor, catedrático, polemista temible, orador elocuente, insigne patricio, en una palabra, que llegó a la presidencia de la República, no por azares de la revoltosa política, sino por sus propios méritos.

El Dr. Marco Avellaneda cursó sus estudios en la Facultad de Derecho, obteniendo premio su tesis titulada *Naturalización de los extranjeros*. Político, ha sido secretario de los presidentes Carlos Pellegrini y Luis Sáenz Peña; subsecretario de Instrucción Pública (1894-96); diputado nacional por Buenos Aires, ocupando la presidencia de la Comisión de Instrucción Pública; y ministro secretario de las Intervenciones Nacionales de Santiago del Estero, Mendoza, Tucumán y Catamarca. Hombre de ciencia y de estudio, era en la actualidad catedrático de Economía Política en la Facultad de Derecho, habiendo representado oficialmente a su país en los Congresos Científicos Internacionales de Bruselas (1900) y de Milán (1911) como especialista en cuestiones económicas. Ha sido además presidente del Departamento Nacional del Trabajo y jefe y organizador de la Inspección General de Justicia.

Tal es el hombre a quien el gobierno argentino acaba de confiar la grata e importante misión de representarle cerca del gobierno de Su Majestad el Rey de España; y si se sabe que el Dr. Avellaneda a orgullo tiene su estirpe y ser descendiente de la nación hidalga; que en la cátedra, y fuera de ella, ha sido siempre entusiasta defensor de la confraternidad hispano-americana; y que a sus dotes intelectuales, que son sobresalientes, une la exquisita corrección del caballero, es fácil adivinar que nombramiento tan acertado ha de contribuir a estrechar, aún más si cabe, los lazos de amistad y de cariño que unen a los dos países.

«Procuraré - me dijo al estrecharle la mano - que la Legación Argentina en Madrid sea el punto de reunión de cuantos sobresalgan en ciencias, en arte, en política, en economía, en todo. Soy muy argentino, y por esto mismo, me siento muy español.»

R. MONNER SANS.

Buenos Aires, octubre de 1913.

EL REY LUIS III DE BAVIERA

Desde el año 1886 el reino de Baviera, por incapacidad del rey Otón, estaba gobernado por un regente, que fué primero el príncipe Leopoldo y a la muerte de éste, a fines de 1912, su hijo Luis. Esta forma de gobierno, que era una verdadera ficción, ha ce-

sado hace pocos días: por virtud de una ley aprobada por el Parlamento bávaro el día 3 de este mes, el regente ha decla-



El nuevo rey Luis III de Baviera

(De fotografía remitida por Carlos Trampus.)

rado abolida la regencia y se ha proclamado rey con el nombre de Luis III.

La ceremonia de la jura del nuevo monarca se efectuó el día 8 en la sala del trono del palacio, habiendo asistido a ella los príncipes de la casa real, los ministros en funciones, los miembros del Consejo de Estado y las delegaciones de las dos cámaras de la Dieta.

Antes de prestar juramento, el Rey pronunció un discurso en el que declaró, entre otras cosas, que sólo el convencimiento de que así lo exigían el bienestar de la monarquía y de la patria le había impulsado a tomar la grave resolución que terminaba con la ceremonia solemne que se estaba celebrando.

La proclamación de Luis III ha sido acogida con gran entusiasmo en toda Baviera, pues el nuevo Rey, por sus relevantes dotes de inteligencia y bondadoso carácter, goza de



Dr. Marco M. Avellaneda, nuevo ministro de la República Argentina en España. (De fotografía de Bradley & C.º, remitida por D. R. Monner Sans.)



Monumento al eminente literato francés Andrés Theuriet, obra de Carlos Perrón, erigido en Bourg-la-Reine e inaugurado el día 9 de este mes por el Presidente de la República. (De fotografía de Harlingue.)

gran popularidad y de estimación y cariño profundos en todo el país.

MONUMENTO

A ANDRÉS THEURIET

El día 9 de este mes inauguró solemnemente en Bourg-la-Reine el monumento erigido a la memoria del ilustre literato y académico Andrés Theuriet y del cual forma parte la estatua que el grabado de la página anterior reproduce.

Presidió el acto el Presidente de la República señor Poincaré, quien fué recibido en la Casa Consistorial por el alcalde y las autoridades locales. Formado el cortejo oficial, dirigióse a la plaza de la Estación, en donde está el monumento, y después de descornado el velo que cubría la estatua, pronunciaron elocuentes discursos los señores Dorchain, en nombre del Comité; Pasquet, en el de la Unión de los Jóvenes, entidad iniciadora de la erección del monumento; Candelot, alcalde de Bourg-la-Reine; Faguet, por la Academia Francesa; de Flers, en representación de la Sociedad de Autores; Lecomte, por la Sociedad de Literatos, y Berard, subsecretario de Bellas Artes.

El público numeroso que asistió a la inauguración escuchó atentamente los discursos, tributando al final de éstos grandes aplausos a los oradores.



Brúnswick. - Entrada solemne de los nuevos duques, el príncipe Ernesto de Cúumberland y la princesa Alicia de Alemania, en la capital de su ducado. (De fotografía de Harlingue.)

último cesarán todas las pretensiones, pues su hijo y heredero, el príncipe Ernesto Augusto, ha jurado, como oficial del ejército alemán, la constitución imperial y por consiguiente ha reconocido implícitamente la anexión de Hannover a la corona de Prusia.

Los nuevos duques de Brúnswick hicieron solemnemente su entrada en la capital de su ducado el día 3 de este mes; en la estación fueron recibidos por todos los altos funcionarios y dignatarios, y entre las aclamaciones entusiastas de la población dirigióse a palacio. En la plaza de Federico Guillermo, el primer burgomaestre de la ciudad, al frente de toda la corporación municipal, dirigióse una cariñosa salutación expresándoles la satisfacción inmensa que toda la población sentía al ver de nuevo instalada en el trono a su antigua familia ducal.

Llegados los duques al palacio, efectuóse una recepción de los elementos oficiales, terminada la cual el nuevo duque pronunció un discurso inspirado en el más vivo patriotismo.

El entusiasmo con que la población brunswickense ha recibido a sus soberanos ha sido indescriptible.

LOS NUEVOS SOBERANOS DE BRÚNSWICK

Por la muerte del duque Guillermo, acaecida en 1884, el ducado de Brúnswick hubo de pasar a la rama hannoveriana de la casa brunswickense, que en aquella sazón estaba representada por el duque de Cúumberland, hijo del último rey de Hannover Jorge V. Sabido es que el reino de Hannover fué anexionado a Prusia en 1866; mas como esta anexión no había sido reconocida por el citado monarca, y como el emperador de Alemania y el Consejo federal impusieron como condición *sine qua non* al duque de Cúumberland la renuncia a sus derechos sobre el trono hannoveriano si quería ser duque de Brúnswick, el de Cúumberland rechazó esta condición, en vista de lo cual nombróse un regente para el ducado.

El reciente matrimonio del hijo del duque de Cúumberland, el príncipe Ernesto Augusto, con la princesa Alicia, hija única del emperador de Alemania, parece haber resuelto definitivamente esta cuestión. En efecto, el príncipe ha aceptado el trono ducal de Brúnswick y su padre continuará siendo pretendiente a la corona de Hannover; pero cuando muera este

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION POR AUTORES O EDITORES

LA CIENCIA DE LOS NEGOCIOS, por Waido Pondroy Warren, traducción de G. G. R. - No se trata de un libro escrito en el recogimiento del gabinete para unos cuantos teóricos aficionados, ni de una obra atiborrada de estadísticas que nada significan para los que no son especialistas en determinadas materias; sino de un libro para todos, lleno de anécdotas, de casos prácticos que traducen admirablemente todas las palpaciones de la vida comercial tal como se presenta a millares y millares de españoles que trabajan en España y en América. Quien sepa aprovechar las originalísimas enseñanzas de este libro educador y moderno, que en los países anglo-sajones es el compañero inseparable de todo comerciante, conseguirá los mayores triunfos en la vida mercantil y afianzará la prosperidad de sus negocios. Un tomo de 458 páginas editado en Barcelona por Gustavo Gili; precio, 4 pesetas en rústica y 5 en cuadernado en tela inglesa.

JUNTA PROVINCIAL DE PROTECCIÓN A LA INFANCIA Y REPRESIÓN DE LA MENDICIDAD. BARCELONA. MEMORIA DE LOS AÑOS 1911 Y 1912. - Pocas instituciones dispensan tanto bien a la sociedad como esta Junta que desde 16 de febrero de 1911 funciona en Barcelona y es verdaderamente maravilloso que con los limitados recursos con que cuenta pueda atender de un modo tan admirable a tantas y tan diversas necesidades. No menos maravilloso es que en el poco tiempo que lleva de existencia haya podido realizar obras de una bondad y de una trascendencia extraordinarias. Imposible es, en una sección bibliográfica como la nuestra, dar siquiera idea de todas estas obras; citaremos sólo entre otras: el amparo, educación y reforma de niños abandonados y semi-abandonados; los restaurantes para las pobres que van a ser madres y las que lactan sus hijos; los restaurantes escolares; los sanatorios, las colonias, las granjas agrícolas, el pupilaje en el campo, la represión de la mendicidad y de la vagancia, en una palabra, todo cuanto significa ayuda al desgraciado, al débil y al desvalido. Todo esto que aquí no hacemos más que indicar se explica en la Memoria correspondiente a los años 1911 y 1912 que, impresa en esta ciudad en los talleres de Artes Gráficas Henrich y C.ª, forma un interesantísimo folleto de 90 páginas con numerosos grabados y es el mayor timbre de gloria para la benemérita Junta.

CASA DE AMÉRICA. MEMORIA CORRESPONDIENTE A 1912-1913. - Por esta interesantísima memoria, que fué leída en la Junta general ordinaria de 23 de febrero último, puede verse no sólo el grado de prosperidad alcanzado en poco tiempo por la Casa de América, sino también la importancia de los trabajos realizados por tan benemérita entidad para responder al fin para que fué creada, es decir, estrechar cada día más los vínculos que unen a España y a las Repúblicas hispano-americanas. Un folleto de 46 páginas, impreso en Barcelona en la imprenta de Farré y Acensio.

el
Petróleo Gal
ocupa el puesto de honor en todo tocador elegante

A. Ehrmann.



El obispo de Meaux monseñor Marbeaux bendiciendo los cadáveres no retirados todavía de entre los restos de los vagones destruidos. (De fotografía de M. Rol.)

De todas las catástrofes ferroviarias ocurridas de muchos años a esta parte en Europa, es indudablemente la más espantosa la que se produjo en la noche del 4 de este mes en las inmediaciones de Melún, así por el número de víctimas que de ella resultó, como por las circunstancias horribles en que perecieron tantos desgraciados.

El rápido de Marsella a París, al llegar a la bifurcación que hay cerca de la estación de Melún, chocó con un tren correo salido de París y que en aquel punto tomaba la vía que se dirige a Dijón. Los dos convoyes marchaban a grandes velocidades: a 100 kilómetros por hora el primero y a 80 el segundo; el choque, por consiguiente, fué espantoso. La locomotora del rápido había cogido de través dos vagones-correos, reduciéndolos poco menos que a astillas, y volcado inmediatamente; el tender se había, por decirlo así, encabritado y había destruido al caer los tres furgones de equipajes y dos coches de segunda que iban enteramente llenos.

Para colmo de horrores, los depósitos de gas que llevaban los dos coches correo hicieron explosión y determinaron un incendio que se propagó rápidamente sobre aquel montón inmenso e informe de hierros y maderas.

Los viajeros que resultaron indemnes procuraron acudir en socorro de los que yacían entre aquellos restos; pero sus esfuerzos resultaban inútiles ante la inmensidad del desastre y las proporciones que el incendio adquiría.

Minutos después de ocurrido el choque acudieron los empleados de la estación y todo el personal médico del hospital de Melún, organizándose en seguida los trabajos de salvamento, que, por las circunstancias dichas, hacíanse en extremo difíciles; asimismo acudieron los bomberos y destacamentos de infantería y de dragones. En los primeros momentos se retiraron quince cadáveres y otros tantos heridos, que fueron conducidos al hospital; posteriormente han

LA CATÁSTROFE FERROVIARIA DE MELÚN (FRANCIA)



Uno de los vagones correos en donde estaban los ambulantes que perecieron en la catástrofe (De fotografía de M. Branger.)

sido extraídos hasta cuarenta y dos de los primeros, la mayoría de ellos carbonizados y muchos mutilados horriblemente, hasta el punto de que casi la mitad no han podido ser identificados.

A las pocas horas de ocurrido el terrible accidente, hallábase ya en Melún, adonde había ido en automóvil, el ministro de Comercio, Industria, Correos y Telégrafos Sr. Massé.

A la mañana siguiente, llegó a Melún el obispo de Meaux monseñor Marbeaux, quien visitó en el hospital a los heridos, prodigándoles sus consuelos y se dirigió luego al anfiteatro para bendecir los cadáveres en él depositados; después encaminóse al lugar de la catástrofe, en donde dió su bendición a los cadáveres que aun permanecían debajo de los restos de los vagones destruidos. Gran número de sacerdotes acudieron también allí para ejercer su sagrado ministerio.

Casi al mismo tiempo que el obispo, llegó a Melún el Presidente de la República Sr. Poincaré, quien visitó, como el prelado, a los heridos y los cadáveres del hospital y estuvo en el sitio del desastre, haciéndose explicar por los ingenieros los pormenores del choque.

La catástrofe fué debida a no haber visto el maquinista del rápido de Marsella ninguna de las tres primeras señales que le indicaban que la vía no estaba libre y sí sólo la última, situada a 100 metros de la bifurcación, es decir, cuando ya no había medio humano de evitar la catástrofe.

NUEVA IMPRESIÓN DE OBRAS NOTABLES

FAUSTO

de Goethe

TRADUCCION EN VERSO DE TEODORO LLORENTE

COLOMBA

de Merimée

TRADUCCION DE F. SARMIENTO

Agotadas las ediciones de estos preciosos libros y con el propósito de atender á los numerosos pedidos que tenemos, hemos decidido completar un número escaso de ejemplares que ponemos á la venta al precio de 5 pesetas ejemplar encuadernado, para los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA.

DICCIONARIO de las lenguas española y francesa comparadas

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, *Bescherelle, Littré, Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes é idiotismos, así como el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. — Cuatro tomos: 55 pesetas.

Montaner y Simón, editores. Aragón, 255, BARCELONA

INNSBRUCK, TIROL

ESTACIÓN DE VERANO Y DE INVIERNO
HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE
FOLLETO ILUSTRADO CARLOS LANDSEE

LUZ Y SOMBRAS

Novela, por lord BULWER-LYTTON

Un tomo, lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILLVORE. DUSSER, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN